

**Lo que sintió
San Juan Diego
con la Virgen
María de
Guadalupe**

Lo que sintió San Juan Diego con la Virgen María de Guadalupe

Introducción

Una historia de amor entre el Cielo y un corazón sencillo

Hay historias que no se olvidan, porque tienen el poder de **tocarnos el alma**.

Esta es una de ellas.

Lo que sintió San Juan Diego es una novela —humilde y con mucho amor— que intenta de meternos en el corazón del hombrecito del manto, de acompañarlo paso a paso, de asomarnos a lo que él sintió, pensó y vivió cuando **descubrió el Cielo**.

Porque sí: **la Virgen lo miró**.

Y con esa mirada, cambió para siempre su mundo... y el nuestro también. También lo sano y le permitió conocer el camino del Amor

Juan Diego no era un sabio, ni un teólogo, ni un poderoso.

Era un campesino de alma limpia,

un hombre que amaba a Dios con sencillez,

y que no sabía lo importante que era...

hasta que **una Mujer vestida de Sol le llamó “hijito mío, el más pequeño”**.

En estas páginas no encontrarás argumentos complicados.

Encontrarás **ternura, asombro, obediencia, sanación, consuelo, lágrimas y gozo**.

Todo eso que puede caber en el corazón humano cuando se encuentra con Dios...

y se deja abrazar por su Madre.

Esta novela está escrita con el deseo de que tú también sientas.

Que al recorrer los pasos de San Juan Diego,

descubras que María también te está buscando a ti.

Que también a ti te llama “hijito mío” o “hijita mía”.

Y que no hay nada roto en tu vida que su amor no pueda sanar.

Así que respira hondo...

abre tu corazón...

y deja que esta historia **te hable al alma**.

Porque no es solo la historia de Juan Diego.
Es la historia de **cómo el Cielo se inclina con ternura**
para hablar con nosotros, los pequeños.

Y de cómo, si decimos “sí”, como él lo hizo...
todo puede florecer.

Prólogo del autor

Querido lector:

Este es una novela. Es un libro del corazón, que busca adentrarnos en el Misterio del corazón de San Juan Diego cuando vio a la Virgen de Guadalupe.

Aquí encontrarás un relato tierno y maravilloso que ha tocado nuestra tierra: cuando María se hizo visible con dulzura hacia un hombre sencillo, y la Madre de Dios lo miró con amor, como mira una madre a su hijito.

Lo que aquí se narra es una novela que muestra el corazón de Juan Diego. Es una catequesis de la vida, que nos permite conocer el amor, conocer el Cielo, conocer a Dios y a María visible en la Tilma. Y más allá de las palabras, lo que tratamos de hacer en estas páginas es **imaginar qué sentía Juan Diego**. Qué pasaba por su alma cuando sus ojos se toparon con la Belleza de María. Qué sintió su corazón cuando le dijo con ternura: “¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”

Este libro no es solo para estudiosos ni teólogos. Es para todos. Para ti, para tu abuelita, para tu hijo, para quien alguna vez haya sentido que no vale mucho. Porque si Dios eligió a Juan Diego, ¡también puede hacer maravillas contigo!

Que al leer estas páginas, puedas caminar de la mano de San Juan Diego, mirar a María con el mismo asombro, y dejar que tu corazón también se llene de flores... y de fe.

Con cariño,
Juan Diego Lara

Tabla de Contenido

Introducción.....	2
 Prólogo del autor	3
Tabla de Contenido	4
Invitación a la Santidad	5
Resumen.....	5
 Oración de apertura	6
Libro Nican Mohopua, Texto que narra lo que paso en las apariciones.	7
Capítulo 1: "Cuando el corazón ya sabía a Cristo"	20
Capítulo 2: "El canto que despertó el alma"	21
Capítulo 3: "Una Voz, una Mirada, un Corazón Despierto"	23
Capítulo 4: "Querer ser su hijo para siempre"	24
Capítulo 5: "La Majestuosidad que abrazaba el alma"	26
Capítulo 6: "La Voz que me preguntó a dónde iba"	27
Capítulo 7: "Palabras que se quedan para siempre"	29
Capítulo 8: "Una Madre que cura las penas"	31
Capítulo 9: "El envío de una Madre que confía en su hijo"	32
Capítulo 10: "Cuando uno ama... obedece a Dios y a quien Dios designe"	34
Capítulo 11: "Volver a los brazos de mi Madre"	36
Capítulo 12: "Tú eres el elegido"	37
Capítulo 13: "Aunque no me crean, yo te creo a Ti"	39
Capítulo 14: "No me creen, pero yo sigo creyendo"	41
Capítulo 15: "Una señal, una promesa y una Madre que no falla" ..	43
Capítulo 16: "Entre el amor del cielo... y el deber de la tierra"	45
Capítulo 17: "Cuando uno se siente indigno... pero Ella no se aleja" ..	46
Capítulo 18: "Cuando el corazón quiere cumplirlo todo"	48
Capítulo 19: "¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?"	50
Capítulo 20: "La paz del corazón y la señal del cielo"	52
Capítulo 21: "Donde no hay nada... Dios hace florecer"	54
Capítulo 22: "Tú eres mi mensajero"	55
Capítulo 23: "La señal del Cielo"	58
Capítulo 24: "El Rostro de la Madre del Cielo"	60
Capítulo 25: "La Casita Sagrada"	63
Epílogo: "El Guardián de la Señora del Cielo"	65
Nota final.....	67

☪ Oración final.....	67
👉 Agradecimiento especial a la Virgen María.....	68
🌿 Dedicatoria a San Juan Diego.....	69
☪ Oración de Entrega a la Virgen de Guadalupe.....	70
✳ Reflexión Final: Vivir como San Juan Diego.....	71
RECURSOS ADICIONALES PARA LA GUERRA ESPIRITUAL.....	72
MÁS SOBRE “Amor Guadalupano”.....	72
APOSTOLADOS INTERESANTES PARA CONOCER A DIOS.....	72
15 PROMESAS DE LA VIRGEN MARÍA A QUIENES RECEN EL ROSARIO	74
INDULGENCIA PLENARIA PARA LIBRAR ALMA DEL PURGATORIO	75
CORONILLA DE LA DIVINA MISERICORDIA.....	76
ALGUNOS LIBROS DE REVELACIONES CELESTIALES QUE NOS PERMITEN CONOCER A DIOS.....	78

Invitación a la Santidad

Las Apariciones de la Virgen de Guadalupe son una preciosa catequesis del cielo, un mensaje lleno de ternura que nos recuerda lo mucho que Dios nos ama. A través de la dulzura de María, que se dirige con cariño a Juan Diego llamándolo "el más pequeño de mis hijos", Dios nos enseña que no importa cuán sencillos o frágiles nos sintamos: somos profundamente amados. Él no busca a los poderosos, sino a los corazones que lo aman. Si tú también tienes un corazón dispuesto a amar a Dios, puedes ser parte de sus preciosos planes, porque para Dios, cada alma cuenta y cada sí, por pequeño que parezca, puede transformar el mundo.

Resumen

El libro *"Lo que Sintió San Juan Diego en las Apariciones de María de Guadalupe"* es una novela escrita con el corazón, que busca imaginar y dar vida a lo que pudo sentir San Juan Diego al encontrarse con la belleza, la bondad y la verdad de la Virgen María. A través de esta historia, descubrimos cómo su alma fue sanada, cómo aprendió a ordenar sus deseos y a amar de forma auténtica, con un amor sencillo y profundo que brota de Dios. Esta historia transformó su vida además de marcar un nuevo comienzo para toda la humanidad, porque por medio de María, el Cielo tocó la tierra y nos recordó que cada uno de nosotros, si abre su corazón, también puede ser parte del plan de amor de Dios.

Oración de apertura

Para leer antes de comenzar esta historia

Madre mía,
Virgen Santa María de Guadalupe,
Tú que miraste con tanto amor a San Juan Diego
y lo llamaste “hijito mío, el más pequeño”...
mírame también a mí en este momento,
y llámame por mi nombre, como lo hiciste con él.

Quiero abrir mi corazón a esta historia.
Quiero dejar que me hables como le hablaste a él,
con dulzura, con ternura, con paciencia y con verdad.
Quiero escuchar tu voz que consuela,
tu promesa que anima,
y tu presencia que sana.

Enséñame a confiar como Juan Diego.
A obedecer como él,
a no huir cuando tengo miedo,
a volver a Ti cada vez que caigo.

Toma mi corazón, Madre querida,
y guárdalo en el cruce de tus brazos.
Enséñame a vivir como tu hijito,
a caminar contigo,
a creer en el amor que Dios tiene por mí.

Acompáñame mientras leo este libro,
y haz que lo que sintió San Juan Diego,
también lo llegue a sentir yo:
el milagro de ser amado,
la paz de ser escuchado,
y la alegría de tenerte como Madre.

Amén.

Libro Nican Mohopua, Texto que narra lo que paso en las apariciones

Nican Mopohua (Texto en Español)

Traductor: Pbro. Mario Rojas Sánchez

Aquí se cuenta, se ordena, cómo hace poco, milagrosamente se apareció la Perfecta Virgen Santa María Madre de Dios, Nuestra Reina, allá en el Tepeyac, de renombre Guadalupe.

Primero se hizo ver de un indito, su nombre Juan Diego; y después se apareció su Preciosa Imagen delante del reciente Obispo Don Fray Juan de Zumárraga.

1. Diez años después de conquistada la ciudad de México, cuando ya estaban depuestas las flechas, los escudos, cuando por todas partes había paz en los pueblos,
2. así como brotó, ya verdece, ya abre su corola la fe, el conocimiento de Aquél por quien se vive: el verdadero Dios.
3. En aquella sazón, el año 1531 a los pocos días del mes de diciembre, sucedió que había un indito, un pobre hombre del pueblo,
4. su nombre era Juan Diego, según se dice, vecino de Cuauhtitlán,
5. y en las cosas de Dios, en todo pertenecía a Tlatilolco.
6. Era sábado, muy de madrugada, venía en pos de Dios y de sus mandatos.
7. Y al llegar cerca del cerrito llamado Tepeyac ya amanecía.
8. Oyó cantar sobre el cerrito, como el canto de muchos pájaros finos; al cesar sus voces, como que les respondía el cerro, sobremanera suaves, deleitosos, sus cantos sobrepujaban al del coyototl y del Tzinitzcan y al de otros pájaros finos.
9. Se detuvo a ver Juan Diego. Se dijo: ¿Por ventura soy digno, soy merecedor de lo que oigo? ¿Quizá nomás lo estoy soñando? ¿Quizá solamente lo veo como entre sueños?
10. ¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo? ¿Acaso allá donde dejaron dicho los antiguos nuestros antepasados, nuestros abuelos: en la tierra de las flores, en la tierra del maíz, de nuestra carne, de nuestro sustento; acaso en la tierra celestial?

11. Hacia allá estaba viendo arriba del cerrillo, del lado de donde sale el sol, de donde procedía el precioso canto celestial.
12. Y cuando cesó de pronto el canto, cuando dejó de oírse, entonces oyó que lo llamaban, de arriba del cerrito, le decían: **"JUANITO, JUAN DIEGUITO"**.
13. Luego se atrevió a ir a donde lo llamaban; ninguna turbación pasaba en su corazón ni ninguna cosa lo alteraba, antes bien se sentía alegre y contento por todo extremo; fue a subir al cerrillo para ir a ver de dónde lo llamaban.
14. Y cuando llegó a la cumbre del cerrillo, cuando lo vió una Doncella que allí estaba de pie,
15. lo llamó para que fuera cerca de Ella.
16. Y cuando llegó frente a Ella mucho admiró en qué manera sobre toda ponderación aventajaba su perfecta grandeza:
17. Su vestido relucía como el sol, como que reverberaba,
18. Y la piedra, el risco en el que estaba de pie, como que lanzaba rayos;
19. el resplandor de Ella como preciosas piedras, como ajorca --- todo lo más bello--- parecía;
20. la tierra como que relumbraba con los resplandores del arcoiris en la niebla.
21. Y los mezquites y nopales y las demás hierbecillas que allí se suelen dar, parecían como esmeraldas. Como turquesa aparecía su follaje. Y su tronco, sus espinas, sus aguates, relucían como el oro.
22. En su presencia se postró. Escuchó su aliento, su palabra, que era extremadamente glorificadora, sumamente afable, como de quien lo atraía y estimaba mucho.
23. Le dijo: **"Escucha hijo mío el menor, juanito. ¿A dónde te diriges?"**
24. Y él le contestó: "Mi Señora, Reina, Muchachita mía, allá llegaré, a tu casita de México Tlatilolco, a seguir las cosas de Dios que nos dan, que nos enseñan quienes son las imágenes de Nuestro Señor, nuestros Sacerdotes".
25. En seguida, con esto dialoga con él, le descubre su preciosa voluntad;
26. le dice: **"Sábelo, ten por cierto hijo mío, el más pequeño, que yo soy la Perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del Verdaderísimo Dios por quien se vive, el creador de las personas, el dueño de la cercanía y de la intermediación, el dueño del cielo, el**

dueño de la tierra. Mucho quiero, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada.

27. En donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto:
28. Lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación:
29. Porque yo en verdad soy vuestra madre compasiva,
30. tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno,
31. y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí,
32. porque ahí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores.
33. Y para realizar lo que pretende mi compasiva mirada misericordiosa, anda al palacio del Obispo de México, y le dirás cómo yo te envío, para que le descubras cómo mucho deseo que aquí me provea de una casa, me erija en el llano mi templo; todo le contarás, cuanto has visto y admirado, y lo que has oído.
34. Y ten por seguro que mucho lo agradeceré y lo pagaré.
35. que por ello te enriqueceré, te glorificaré.
36. y mucho de allí merecerás con que yo te retribuya tu cansancio, tu servicio con que vas a solicitar el asunto al que te envío.
37. ya has oído, hijo mío el menor, mi aliento, mi palabra; anda, haz lo que esté de tu parte”.
38. E inmediatamente en su presencia se postró; le dijo: "Señora mía, Niña, ya voy a realizar tu venerable aliento, tu venerable palabra; por ahora de Tí me aparto, yo, tu pobre indito".
39. Luego vino a bajar para poner en obra su encomienda: vino a encontrar la calzada, viene derecho a México.
40. Cuando vino a llegar al interior de la ciudad, luego fué derecho al Palacio del Obispo, que muy recientemente había llegado, Gobernante Sacerdote; su nombre era D. Fray Juan de Zumárraga, Sacerdote de San Francisco.
41. En cuanto llegó, luego hace el intento de verlo, les ruega a sus servidores, a sus ayudantes, que vayan a decírselo;
42. después de pasado largo rato vinieron a llamarlo, cuando mandó el

Señor Obispo que entrara.

43. Y en cuanto entró, luego ante él se arrodilló, se postró, luego ya le descubre, le cuenta el precioso aliento, la preciosa palabra de la Reina del Cielo, su mensaje, y también le dice todo lo que admiró, lo que vió, lo que oyó.
44. Y habiendo escuchado toda su narración, su mensaje, como que no mucho lo tuvo por cierto,
45. le respondió, le dijo: "Hijo mío, otra vez vendrás, aún con calma te oiré, bien aún desde el principio miraré, consideraré la razón por la que has venido, tu voluntad, tu deseo".
46. Salió; venía triste, porque no se realizó de inmediato su encargo.
47. Luego se volvió, al terminar el día, luego de allá se vino derecho a la cumbre del cerrillo,
48. y tuvo la dicha de encontrar a la Reina del Cielo: allí cabalmente donde la primera vez se le apareció, lo estaba esperando.
49. Y en cuanto la vió, ante Ella se postró, se arrojó por tierra, le dijo:
50. "Patroncita, Señora, Reina, Hija mía la más pequeña, mi Muchachita, ya fui a donde me mandaste a cumplir tu amable aliento, tu amable palabra, aunque difícilmente entré a donde es el lugar del Gobernante Sacerdote, lo ví, ante él expuse tu aliento, tu palabra, como me lo mandaste.
51. Me recibió amablemente y lo escuchó perfectamente, pero, por lo que me respondió, como que no lo entendió, no lo tiene por cierto.
52. Me dijo: "Otra vez vendrás; aún con calma te escucharé, bien aún desde el principio veré por lo que has venido, tu deseo, tu voluntad.
53. Bien en ello miré, según me respondió, que piensa que tu casa que quieres que te hagan aquí, tal vez yo nada más lo invento, o que tal vez no es de tus labios;
54. mucho te suplico, Señora mía, Reina, Muchachita mía, que a alguno de los nobles, estimados, que sea conocido, respetado, honrado, le encargues que conduzca, que lleve tu amable aliento, tu amable palabra para que le crean.
55. Porque en verdad yo soy un hombre del campo, soy mecapal, soy parihuela, soy cola, soy ala; yo mismo necesito ser conducido, llevado a cuestras, no es lugar de mi andar ni de mí detenerme allá a donde me envías, Virgencita mía, Hija mía menor, Señora Niña;

56. Por favor dispénsame: afligiré con pena tu rostro, tu corazón; iré a caer en tu enojo, en tu disgusto, Señora Dueña mía".
57. Le respondió la perfecta Virgen, digna de honra y veneración:
58. **“ Escucha, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quienes encargué que lleven mi aliento, mi palabra, para que efectúen mi voluntad;**
59. **pero es muy necesario que tú, personalmente vayas, ruegues que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad.**
60. **y mucho te ruego, hijo mío el menor, y con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al obispo.**
61. **y de mi parte hazle saber, hazle oír mi querer, mi voluntad, para que realice, haga mi templo que le pido.**
62. **y bien, de nuevo dile de que modo yo, personalmente, la Siempre Virgen Santa María, yo, que soy la Madre de Dios, te mando”.**
63. Juan Diego, por su parte, le respondió, le dijo: "Señora mía, Reina, Muchachita mía, que no angustie yo con pena tu rostro, tu corazón; con todo gusto iré a poner por obra tu aliento, tu palabra; de ninguna manera lo dejaré de hacer, ni estimo por molesto el camino.
64. Iré a poner en obra tu voluntad, pero tal vez no seré oído, y si fuere oído quizás no seré creído.
65. Mañana en la tarde, cuando se meta el sol, vendré a devolver a tu palabra, a tu aliento, lo que me responda el Gobernante Sacerdote.
66. Ya me despido de Tí respetuosamente, Hija mía la más pequeña, Jovencita, Señora, Niña mía, descansa otro poquito”.
67. Y luego se fué él a su casa a descansar.
68. Al día siguiente, Domingo, bien todavía en la nochecilla, todo aún estaba oscuro, de allá salió, de su casa, se vino derecho a Tlatilolco, vino a saber lo que pertenece a Dios y a ser contado en lista; luego para ver al Señor Obispo.
69. Y a eso de las diez fue cuando ya estuvo preparado: se había oído Misa y se había nombrado lista y se había dispersado la multitud.
70. Y Juan Diego luego fué al palacio del Señor Obispo.
71. Y en cuanto llegó hizo toda la lucha por verlo, y con mucho trabajo y otra vez lo vió;

72. a sus pies se hincó, lloró, se puso triste al hablarle, al descubrirle la palabra, el aliento de la Reina del Cielo,
73. que ojalá fuera creída la embajada, la voluntad de la Perfecta Virgen, de hacerle, de erigirle su casita sagrada, en donde había dicho, la quería.
74. Y el Gobernante Obispo muchísimas cosas le preguntó, le investigó, para poder cerciorarse, dónde la había visto, cómo era Ella; todo absolutamente se lo contó al Señor Obispo.
75. Y aunque todo absolutamente se lo declaró, y en cada cosa vió, admiró que aparecía con toda claridad que Ella era la Perfecta Virgen, la Amable, Maravillosa Madre de Nuestro Salvador Nuestro Señor Jesucristo,
76. sin embargo, no luego se realizó.
77. Dijo que no sólo por su palabra, su petición se haría, se realizaría lo que él pedía,
78. que era muy necesaria alguna otra señal para poder ser creído cómo a él lo enviaba la Reina del Cielo en persona.
79. Tan pronto como lo oyó Juan Diego, le dijo al Obispo:
80. "Señor Gobernante, considera cuál sería la señal que pides, porque luego iré a pedírsela a la Reina del Cielo que me envió".
81. Y habiendo visto el Obispo que ratificaba, que en nada vacilaba ni dudaba, luego lo despacha.
82. Y en cuanto se viene, luego les manda a algunos de los de su casa en los que tenía absoluta confianza, que lo vinieran siguiendo, que bien lo observaran a dónde iba, a quién veía, con quién hablaba.
83. Y así se hizo. Y Juan Diego luego se vino derecho. Siguió la calzada,
84. y los que lo seguían, donde sale la barranca cerca del Tepeyac, en el puente de madera lo vinieron a perder. Y aunque por todas partes buscaron, ya por ninguna lo vieron.
85. Y así se volvieron. No sólo porque con ello se fastidieron grandemente, sino también porque les impidió su intento, los hizo enojar.
86. Así le fueron a contar al Señor Obispo, le metieron en la cabeza que no le creyera, le dijeron cómo nomás le contaba mentiras, que nada más inventaba lo que venía a decirle, o que sólo soñaba o imaginaba lo que le decía, lo que le pedía.
87. Y bien así lo determinaron que si otra vez venía, regresaba, allí lo

- agarrarían, y fuertemente lo castigarían, para que ya no volviera a decir mentiras ni a alborotar a la gente.
88. Entre tanto, Juan Diego estaba con la Santísima Virgen, diciéndole la respuesta que traía del Señor Obispo;
 89. la que, oída por la Señora, le dijo:
 90. **“Bien está, hijito mío, volverás aquí mañana para que lleves al obispo la señal que te ha pedido;**
 91. **con esto te creerá y acerca de esto ya no dudará ni de tí sospechará;**
 92. **Y sábetete, hijito mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por mí has emprendido;**
 93. **Ea, vete ahora, que mañana aquí te aguardo”.**
 94. Y al día siguiente, Lunes, cuando debía llevar Juan Diego alguna señal para ser creído, ya no volvió.
 95. Porque cuando fué a llegar a su casa, a un su tío, de nombre Juan Bernardino, se le había asentado la enfermedad, y estaba muy grave.
 96. Aún fué a llamarle al médico, aún hizo por él, pero ya no era tiempo, ya estaba muy grave.
 97. Y cuando anocheció, le rogó su tío que cuando aún fuera de madrugada, cuando aún estuviera oscuro, saliera a llamar a Tlatilolco algún Sacerdote para que fuera a confesarlo, para que fuera a prepararlo,
 98. porque estaba seguro de que ya era el tiempo, ya el lugar de morir, porque ya no se levantaría, ya no se curaría.
 99. Y el Martes, siendo todavía mucho muy de noche, de allá vino a salir, de su casa, Juan Diego, a llamar el Sacerdote a Tlatilolco,
 100. y cuando ya acertó a llegar al lado del cerrito terminación de la sierra, al pie, donde sale el camino, de la parte en que el sol se mete, en donde antes él saliera, dijo:
 101. "Si me voy derecho por el camino, no vaya a ser que me vea esta Señora y seguro, como antes, me detendrá para que le lleve la señal al gobernante eclesiástico como me lo mandó;
 102. que primero nos deje nuestra tribulación; que antes yo llame de prisa al Sacerdote religioso; mi tío no hace más que aguardarlo".

103. Enseguida le dió la vuelta al cerro, subió por en medio y de ahí atravesando, hacia la parte oriental fue a salir, para rápido ir a llegar a México para que no lo detuviera la Reina del Cielo.
104. Piensa que por donde dió la vuelta no lo podrá ver la que perfectamente a todas partes está mirando.
105. La vió cómo vino a bajar de sobre el cerro, y que de allí lo había estado mirando, de donde antes lo veía.
106. Le vino a salir al encuentro a un lado del cerro, le vino a atajar los pasos; le dijo:
107. **“¿Qué pasa, el más pequeño de mis hijos? ¿A dónde vas, a dónde te diriges?”**.
108. Y él, ¿tal vez un poco apenado, o quizá se avergonzó?, ¿o tal vez de ello se espantó, se puso temeroso?
109. En su presencia se postró, la saludó, le dijo:
110. "Mi Jovencita, Hija mía la más pequeña, Niña mía, ojalá que estés contenta;
¿cómo amaneciste? ¿Acaso sientes bien tu amado cuerpecito, Señora mía, Niña mía?
111. Con pena angustiaré tu rostro, tu corazón; te hago saber, Muchachita mía, que está muy grave un servidor tuyo, tío mío.
112. Una gran enfermedad se le ha asentado, seguro que pronto va a morir de ella.
113. Y ahora iré de prisa a tu casita de México, a llamar a alguno de los amados de Nuestro Señor, de nuestros Sacerdotes, para que vaya a confesarlo y a prepararlo,
114. porque en realidad para ello nacimos, los que vinimos a esperar el trabajo de nuestra muerte.
115. Más, si voy a llevarlo a efecto, luego aquí otra vez volveré para ir a llevar tu aliento, tu palabra, Señora, Jovencita mía.
116. Te ruego me perdones, tenme todavía un poco de paciencia, porque con ello no te engaño, Hija mía la menor, Niña mía, mañana sin falta vendré a toda prisa".
117. En cuanto oyó las razones de Juan Diego, le respondió la Piadosa Perfecta Virgen:
118. **“Escucha, ponlo en tu corazón hijo mío el menor, que no es nada lo que espanto, lo que te afligió que no se perturbe tu rostro, tu**

corazón; no temas esta enfermedad, ni ninguna otra cosa punzante, aflictiva.

119. **¿No estoy aquí, yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo?
¿No soy la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?**
120. **Que ninguna otra cosa te aflija, te perturbe; que no te apriete con pena la enfermedad de tu tío, porque de ella no morirá por ahora. Ten por cierto que ya está bueno”.**
121. (Y luego en aquél mismo momento sanó su tío, como después se supo.)
122. Y Juan Diego, cuando oyó la amable palabra, el amable aliento de la Reina del Cielo, muchísimo con ello se consoló, bien con ello se apaciguó su corazón,
123. y le suplicó que inmediatamente la mandara a ver al Gobernador Obispo, a llevarle algo de señal, de comprobación, para que creyera.
124. Y la Reina Celestial luego le mandó que subiera a la cumbre del cerrillo, en donde antes la veía;
125. Le dijo: **“Sube, hijo mío el menor a la cumbre del cerrillo, a donde me viste y te dí órdenes;**
126. **allí verás que hay variadas flores: córtalas, reúnelas, ponlas todas juntas; luego baja aquí; tráelas aquí, a mi presencia”.**
127. Y Juan Diego luego subió al cerrillo,
128. y cuando llegó a la cumbre, mucho admiró cuantas había, florecidas, abiertas sus corolas, flores las más variadas, bellas y hermosas, cuando todavía no era su tiempo;
129. porque de veras que en aquella sazón arreciaba el hielo;
130. estaban difundiendo un olor suavísimo; como perlas preciosas, como llenas de rocío nocturno.
131. Luego comenzó a cortarlas, todas las juntó, las puso en el hueco de su tilma.
132. Por cierto que en la cumbre del cerrito no era lugar en que se dieran ningunas flores, sólo abundan los riscos, abrojos, espinas; nopales, mezquites,
133. y si acaso algunas hierbecillas se solían dar, entonces era el mes de

- Diciembre, en que todo lo come, lo destruye el hielo.
134. Y en seguida vino a bajar, vino a traerla a la Niña Celestial las diferentes flores que había ido a cortar,
 135. y cuando las vió, con sus venerables manos las tomó;
 136. luego otra vez se las vino a poner todas juntas en el hueco de su ayate, le dijo:
 137. **“Mi hijito menor, éstas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al Obispo;**
 138. **de mi parte le dirás que vea en ellas mi deseo, y que por ello realice mi querer, mi voluntad.**
 139. **Y tú... tu que eres mi mensajero... en tí absolutamente se deposita la confianza,**
 140. **y mucho te mando con rigor que nada más a solas, en la presencia del Obispo, extiendas tu ayate, y le enseñes lo que llevas.**
 141. **Y le contarás todo puntualmente, le dirás que te mandé que subieras a la cumbre del cerrito a cortar flores, y cada cosa que viste y admiraste,**
 142. **para que puedas convencer al Gobernante Sacerdote, para que luego ponga lo que está de su parte para que se haga, se levante mi templo que le he pedido”.**
 143. Y en cuanto le dió su mandato la Celestial Reina, vino a tomar la calzada, viene derecho a México, ya viene contento.
 144. Ya así viene sosegado su corazón, porque vendrá a salir bien, lo llevará perfectamente.
 145. Mucho viene cuidando lo que está en el hueco de su vestidura, no vaya a ser que algo tire;
 146. viene disfrutando el aroma de las diversas preciosas flores.
 147. Cuando vino a llegar al Palacio del Obispo, lo fueron a encontrar el portero y los demás servidores del Sacerdote Gobernante,
 148. y les suplicó que le dijeran cómo deseaba verlo, pero ninguno quiso; fingían que no le entendían, o tal vez porque aún estaba muy oscuro;
 149. o tal vez porque ya lo conocían que nomás los molestaba, los importunaba,
 150. y ya les habían contado sus compañeros, los que lo fueron a

perder de vista cuando lo fueron siguiendo.

151. Durante muchísimo rato estuvo esperando la razón.
152. Y cuando vieron que por muchísimo rato estuvo allí, de pie, cabizbajo, sin hacer nada, por si era llamado, y como que algo traía, lo llevaba en el hueco de su tilma; luego pues, se le acercaron para ver qué traía y desengañarse.
153. Y cuando vió Juan Diego que de ningún modo podía ocultarles lo que llevaba y que por eso lo molestarían, lo empujarían o tal vez lo aporrearían, un poquito les vino a mostrar que eran flores.
154. Y cuando vieron que todas eran finas, variadas flores y que no era tiempo entonces de que se dieran, las admiraron mucho, lo frescas que estaban, lo abiertas que tenían sus corolas, lo bien que olían, lo bien que parecían.
155. Y quisieron coger y sacar unas cuantas;
156. tres veces sucedió que se atrevieron a cogerlas, pero de ningún modo pudieron hacerlo,
157. porque cuando hacían del intento ya no podían ver las flores, sino que, a modo de pintadas, o bordadas, o cosidas en la tilma las veían.
158. Inmediatamente fueron a decirle al Gobernante Obispo lo que habían visto,
159. cómo deseaba verlo el indito que otras veces había venido, y que ya hacía muchísimo rato que estaba allí aguardando el permiso, porque quería verlo.
160. El Gobernante Obispo, en cuanto lo oyó, dió en la cuenta de que aquello era la prueba para convencerlo, para poner en obra lo que solicitaba el hombrecito.
161. En seguida dió orden de que pasara a verlo.
162. Y habiendo entrado en su presencia se postró, como ya antes lo había hecho.
163. Y de nuevo le contó lo que había visto, admirado, y su mensaje.
164. Le dijo: "Señor mío, Gobernante, ya hice, ya llevé a cabo según me mandaste;
165. así fuí a decirle a la Señora mi Ama, la Niña Celestial, Santa María, la Amada Madre de Dios, que pedías una prueba para poder creerme, para que le hicieras su casita sagrada, en donde te la pedía que la levantarás;

166. y también le dije que te había dado mi palabra de venir a traerte alguna señal, alguna prueba de su voluntad, como me lo encargaste.
167. Y escuchó bien tu aliento, tu palabra, y recibió con agrado tu petición de la señal, de la prueba, para que se haga, se verifique su amada voluntad.
168. Y ahora, cuando era todavía de noche, me mandó para que otra vez viniera a verte;
169. y le pedí la prueba para ser creído, según había dicho que me la daría, e inmediatamente lo cumplió.
170. Y me mandó a la cumbre del cerrito en donde antes yo la había visto, para que allí cortara diversas rosas de Castilla.
171. Y cuando las fuí a cortar, se las fuí a llevar allá abajo;
172. y con sus santas manos las tomó,
173. de nuevo en el hueco de mi ayate las vino a colocar,
174. para que te las viniera a traer, para que a tí personalmente te las diera.
175. Aunque bien sabía yo que no es lugar donde se den flores la cumbre del cerrito, porque sólo hay abundancia de riscos, abrojos, huizaches, nopales, mezquites, no por ello dudé, no por ello vacilé.
176. Cuando fuí a llegar a la cumbre del cerrito miré que ya era el paraíso.
177. Allí estaban ya perfectas todas las diversas flores preciosas, de lo más fino que hay, llenas de rocío, esplendorosas, de modo que luego las fuí a cortar;
178. y me dijo que de su parte te las diera, ya que ya así yo probaría, que vieras la señal que le pedías para realizar su amada voluntad,
179. y para que aparezca que es verdad mi palabra, mi mensaje,
180. aquí las tienes; hazme favor de recibirlas".
181. Y luego extendió su blanca tilma, en cuyo hueco había colocado las flores.
182. Y así como cayeron al suelo todas las variadas flores preciosas,
183. luego allí se convirtió en señal, se apareció de repente la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está,
184. en donde ahora es conservada en su amada casita, en su sagrada casita en el Tepeyac, que se llama Guadalupe.

185. Y en cuanto la vió el Obispo Gobernante y todos los que allí estaban, se arrodillaron, mucho la admiraron,
186. se pusieron de pie para verla, se entristecieron, se afligieron, suspenso el corazón, el pensamiento...
187. Y el Obispo Gobernante con llanto, con tristeza, le rogó, le pidió perdón por no luego haber realizado su voluntad, su venerable aliento, su venerable palabra.
188. Y cuando se puso de pie, desató el cuello de donde estaba atada, la vestidura, la tilma de Juan Diego
189. en la que se apareció, en donde se convirtió en señal de la Reina Celestial.
190. Y luego la llevó; allá la fue a colocar a su oratorio.
191. Y todavía allí pasó un día Juan Diego en la Casa del Obispo, aún lo detuvo.
192. Y al día siguiente le dijo: "Anda, vamos a que muestres dónde es la voluntad de la Reina del Cielo que le erijan su templo".
193. De inmediato se convidó gente para hacerlo, levantarlo.
194. Y Juan Diego, en cuanto mostró en dónde había mandado la Señora del Cielo que se erigiera su casita sagrada, luego pidió permiso:
195. quería ir a su casa para ir a ver a su tío Juan Bernardino, que estaba muy grave cuando lo dejó para ir a llamar a un sacerdote a Tlatilolco para que lo confesara y lo dispusiera, de quien le había dicho la Reina del Cielo que ya había sanado.
196. Pero no lo dejaron ir solo, sino que lo acompañaron a su casa.
197. Y al llegar vieron a su tío que ya estaba sano, absolutamente nada le dolía.
198. Y él, por su parte, mucho admiró la forma en que su sobrino era acompañado y muy honrado;
199. le preguntó a su sobrino por qué así sucedía, el que mucho le honraran;
200. Y él dijo cómo cuando lo dejó para ir a llamarle un sacerdote para que lo confesara, lo dispusiera, allá en el Tepeyac se le apareció la Señora del Cielo;
201. y lo mandó a México a ver al Gobernante Obispo, para que allí le hiciera una casa en el Tepeyac.

202. Le dijo que no se afligiera, que ya su tío estaba contento, y con ello mucho se consoló.
203. Le dijo su tío que era cierto, que en aquel preciso momento lo sanó,
204. y la vió exactamente en la misma forma en que se le había aparecido a su sobrino,
205. y le dijo cómo a él también lo había enviado a México a ver al Obispo;
206. y que también, cuando fuera a verlo, que todo absolutamente le descubriera, le platicara lo que había visto
207. y la manera maravillosa en que lo había sanado.
208. Y que bien así la llamaría, bien así se nombraría: **La Perfecta Virgen Santa María de Guadalupe**, su Amada **Imagen**.
209. Y luego trajeron a Juan Bernardino a la presencia del Gobernante Obispo, lo trajeron a hablar con él, a dar testimonio,
210. y junto con su sobrino Juan Diego, los hospedó en su casa el Obispo unos cuantos días,
211. en tanto que se levantó la casita sagrada de la Niña Reina allá en el Tepeyac, donde se hizo ver de Juan Diego.
212. Y el Señor Obispo trasladó a la Iglesia Mayor la amada Imagen de la Amada Niña Celestial.
213. La vino a sacar de su palacio, de su oratorio en donde estaba para que todos la vieran, la admiraran, su amada Imagen.
214. Y absolutamente toda esta Ciudad, sin faltar nadie, se estremeció cuando vino a ver, a admirar su preciosa Imagen.
215. Venían a reconocer su carácter divino.
216. Venían a presentarle sus plegarias.
217. Muchos admiraron en qué milagrosa manera se había aparecido,
218. puesto que absolutamente ningún hombre de la tierra pintó su amada Imagen.

Capítulo 1: "Cuando el corazón ya sabía a Cristo"

Diez años habían pasado desde que la gran ciudad de México se rindió a los nuevos tiempos. El estruendo de las batallas ya era un eco lejano en los valles y las montañas. Las flechas descansaban, los escudos colgaban olvidados en los jacales, y por todas partes, al fin, se respiraba paz. Los pueblos empezaban a sanar. El agua de los lagos ya no era testigo de sacrificios, sino de bautismos. El monte, antes manchado por la sangre de los inocentes, ahora reverdecía con una fe nueva, como si la tierra misma estuviera aliviada de tanta oscuridad.

Juan Diego, un hombre sencillo del pueblo, caminaba ligero esa madrugada. Aunque ya pasaba los cincuenta, sus pasos eran firmes y su mirada, luminosa. Lo conocían como un macehual, uno del montón, un hombre común, sí... pero con un alma profundamente tocada por Dios.

Vivía en Cuautitlán, pero su corazón pertenecía a Tlatelolco, donde había aprendido a seguir el camino del Evangelio. Y eso lo llenaba de gozo. Antes, cuando era joven, se había estremecido al ver a niños y mujeres llevados al sacrificio, sus corazones arrancados, la sangre derramada para calmar dioses de piedra. Nunca le gustó eso. No le encontraba sentido. ¿Cómo podía ser bueno un dios que se alimentaba del dolor? Cuando los franciscanos llegaron con su cruz sencilla y sus manos de paz, su corazón se estremeció. **“Ese Dios, el que se hizo niño, el que murió en una cruz por amor... ese sí sabe amar”**, pensó.

Por eso ahora, en ese sábado frío de diciembre de 1531, iba de madrugada en busca de las cosas de Dios. Había dejado su casa cuando aún la neblina abrazaba los árboles, y su tilma recogía el rocío como si fueran lágrimas que el cielo quería limpiar. Caminaba hacia Tlatelolco para escuchar misa, para aprender un poco más de aquel Dios que no pedía muerte, sino que regalaba Vida.

Mientras avanzaba por el monte del Tepeyac, sintió algo que no venía del viento ni del bosque. Era como si el aire se volviera dulce, como si los sonidos de la madrugada se calmaran y todo, de pronto, se hiciera silencio sagrado. Su corazón empezó a latir más fuerte, pero no de miedo... sino de una alegría que no podía explicarse.

“¡Qué grande es el Señor que vino hasta nosotros!”, murmuró.

Él no sabía que ese día, la historia de su pueblo y del mundo entero iba a cambiar para siempre.

Y tampoco sabía que su nombre, Juan Diego, el nombre de un sencillo creyente, un indito caminante, quedaría grabado en la historia del cielo y la tierra... por siempre.

Capítulo 2: “El canto que despertó el alma”

El alba ya comenzaba a abrazar la tierra cuando Juan Diego se acercaba al Tepeyac. El cielo todavía tenía restos de estrellas, pero una luz suave, como de esperanza, se extendía por el horizonte. El aire frío de la madrugada olía a monte limpio, a tierra mojada y a promesa.

Él iba caminando como quien va de prisa, pero con el corazón tranquilo, en paz, como se camina cuando uno sabe que va hacia el bien. No era un gran sabio ni un líder entre los suyos, pero sí era un hombre de alma abierta, de esos que saben que Dios es real aunque no lo hayan visto con los ojos.

Fue entonces, al llegar cerca del cerrito del Tepeyac, que ocurrió algo que no esperaba. Algo que lo detuvo de golpe.

Un canto.

Era un sonido tan hermoso que parecía imposible. Era como si mil aves preciosas estuvieran cantando al mismo tiempo, cada una con su voz particular, pero todas en perfecta armonía. **Era belleza pura.**

El canto venía de lo alto. Subía y bajaba, suave como el susurro del viento entre los pinos, y al mismo tiempo tan poderoso que parecía que el mismo cerro respondía, como si la naturaleza entera estuviera encantada, embelesada, como si todo estuviera vivo... celebrando.

Juan Diego se detuvo. Cerró los ojos un momento y solo escuchó. Se llevó la mano al pecho y sintió cómo su corazón latía distinto. No era miedo, no era ansiedad. Era algo más profundo, algo que no venía de afuera sino de adentro.

“¿Estoy soñando?”, se preguntó.

“¿Acaso soy digno de oír esto? ¿O me he dormido en el camino? ¿Dónde estoy?”

Volvió a abrir los ojos y miró a su alrededor. El cerrito, tan familiar para él, parecía otro. Todo estaba más limpio, más claro, como si la luz viniera de adentro de las cosas, como si todo respirara una paz que no era de este mundo.

“¿Acaso ya estoy en el lugar donde dijeron los ancianos? ¿En la tierra donde brota la vida? ¿Será esta la Tierra Celestial?”

Sentía que algo grande estaba a punto de pasar. No lo entendía, pero lo presentía. Era como si el alma supiera antes que el cuerpo.

Dirigió su mirada hacia la cumbre del cerrillo, hacia donde salía el sol. De allí venía el canto, como una invitación, como un llamado. No podía resistirlo. La belleza lo atraía como el agua atrae al sediento.

Ese canto no solo era hermoso... era santo.

Por un instante, pensó en su vida pasada. Pensó en los tambores lejanos de los sacrificios, en los gritos de dolor de los inocentes, en la sangre derramada sin sentido. Y luego miró al cielo. Ese canto era distinto. **Este canto no pedía sangre... ofrecía amor.** No exigía muerte... anunciaba vida. No era el clamor de un dios de piedra, sino la voz de algo vivo, real, tierno, majestuoso... como si el cielo mismo bajara a tocar el corazón de los hombres.

Juan Diego no sabía qué pasaba, pero sabía que tenía que subir. Que tenía que acercarse. Que eso que sentía en su pecho no era otra cosa que el mismo Dios llamándolo.

Y sin pensarlo más, comenzó a subir el cerrito... con paso lento, pero con el alma despierta.

Capítulo 3: “Una Voz, una Mirada, un Corazón Despierto”

El canto cesó de pronto.

Como cuando una sinfonía termina justo en el momento perfecto, y el silencio que queda después parece más lleno que el sonido mismo. Así fue. El aire se detuvo, el tiempo pareció suspenderse... y entonces, la escuchó.

Una voz dulce, clara, viva. No como las de este mundo.

“Juanito... Juan Dieguito...”

Fue como si su alma entera hubiese sido pronunciada por primera vez con verdadero cariño. Como si alguien lo conociera desde siempre y lo llamara por el nombre que solo el amor puede inventar.

Juan Diego se quedó quieto. Cerró los ojos. Sintió cómo su corazón se encendía de una alegría suave, pura, inesperada. No había miedo en él, ni confusión. Solo paz. Y un deseo grande de responder, de acercarse, de ver quién era Aquella que lo llamaba así, con tanto amor.

Y entonces subió.

Con el alma despierta, como quien va al encuentro de algo que ya ha anhelado toda la vida. Cada paso que daba era como subir al cielo, como acercarse a una promesa cumplida. **No sabía qué lo esperaba, pero sabía que sería bueno. Que sería hermoso.**

Al llegar a la cumbre del cerrillo, la vio.

Una Doncella.

Diferente a las que él había conocido. Era una Mujer especial. Había en Ella una nobleza que no venía de linaje humano, sino de lo Alto. Su ropa resplandecía como el sol entre las nubes al amanecer. Su manto tenía estrellas que parecían vivas. La tierra donde pisaba parecía reverdecer de gozo. Pero nada de eso fue lo que más lo conmovió.

Fue su mirada.

María lo miró... y Juan Diego ya no fue el mismo.

En esos ojos había una ternura que sanaba, una mirada que lo hizo sentir tan amado, una luz que le mostraba la belleza de la vida. Lo miraba como una madre que ha encontrado a su hijo después de mucho buscarlo. Con mucha alegría y un amor tan grande, tan limpio, que Juan Diego sintió que su corazón se abría por completo, sin miedo, sin vergüenza, sin culpa, sin reservas.

Nadie lo había mirado así jamás.

En un instante, todo su pasado pareció redimido. Las tristezas, las culpas, la dureza de la vida... todo se fue deshaciendo con esa sola mirada. Y una certeza llenó su alma: **“Ella me ama. Me conoce. Me comprende. Y no me pide nada... solo que me acerque.”**

Por eso no se postro con un profundo respeto y con mucho amor. Por eso no tembló, sino que se sintió seguro. Como quien al fin llega a casa después de mucho caminar.

Juan Diego no necesitó palabras. Su corazón hablaba por él. Sabía que estaba ante algo Sagrado. Que esa Mujer no era de aquí. Y que sin embargo, **lo había llamado a él, al más pequeño, al que no tenía nada... solo un corazón abierto.**

Y mientras la miraba, una lágrima se deslizó por su mejilla. No de tristeza... sino de plenitud.

El cielo había bajado a su encuentro.

Y él, Juan Diego, el indito sencillo, se convirtió en testigo del Amor más grande que los hombres jamás imaginaron.

Capítulo 4: “Querer ser su hijo para siempre”

Ella lo llamó.

Con una ternura que parecía envolver el alma misma, con una Voz que oírle da más placer que todo lo del mundo.

Juan Diego sintió que el corazón le brincaba en el pecho como cuando uno escucha su nombre pronunciado por alguien que ama profundamente. Nadie lo había llamado así. Y nunca nadie le había hablado con tanta dulzura. Fue como si esa frase abriera una puerta invisible en su corazón. Una puerta que él ni sabía que estaba ahí... pero que siempre había necesitado abrir.

Cuanto más estaba con Ella, más se maravillaba. **La hermosura de María lo impactaba, su dulzura, su cuerpo, su voz, su amor... era que todo en Ella hablaba de algo que su alma siempre había anhelado sin saberlo.**

Su vestido brillaba como el sol, pero no como un fuego que quema, sino como una luz que acaricia. La tela resplandecía con vida, como si el cielo mismo se hubiera tejido en sus hilos.

Las piedras bajo sus pies, los jades incrustados entre la tierra, todo resplandecía como si la creación entera se hubiera embellecido por estar cerca de Ella. Hasta los nopales, los mezquites, las yerbitas silvestres del cerro —tan comunes en otros días— parecían ahora vestidos de gala: con hojas como plumajes de quetzal, espinas que brillaban como si fueran de oro, y ramas que reflejaban los colores del arco iris.

Pero nada, absolutamente nada, igualaba la Belleza de Ella.

Juan Diego no podía explicarlo con palabras, pero lo sentía profundamente: **Ella no era de este mundo, y sin embargo... se le acercaba como una Madre que se agacha para mirar a su hijo a los ojos.**

Era cercana, cariñosa, humilde, Juan Diego se sintió seguro. Era Majestuosa, sí, pero tan cercana como el aire que respiraba.

Y fue entonces cuando, por dentro, algo cambió en él.

No era solo devoción.

No era solo asombro.

Era un deseo profundo de pertenecerle. De ser suyo. De ser su hijo, no por obligación, sino por amor.

Deseó que su vida estuviera pegada a Ella como un niño se pega al regazo de su madre. Deseó que su corazón habitara en Ella, que su caminar se hiciera bajo su sombra. Quiso aprender a vivir como Ella lo miraba. Quiso no separarse jamás.

“Si así es el amor de mi Madre del cielo—pensó—, entonces ya no estoy solo. Ya no soy poca cosa. Soy amado, soy deseado, soy querido. Mi vida tiene sentido”

En silencio sagrado, sintió que su alma le decía: **“Tú eres mi Madre. Yo quiero ser tu hijito para siempre. Que dicha tengo de ser tu hijo”**

Y fue así como, antes de que María hablara más, antes de que pidiera templos o mensajeros, **ella ya había conquistado un corazón.**
El corazón sencillo de Juan Diego.

Y ese corazón se transformó al punto de transformar al mundo entero después.

Capítulo 5: “La Majestuosidad que abrazaba el alma”

Juan Diego no sabía cómo sus rodillas tocaron el suelo, pero de repente ya estaba postrado. Fue como si su cuerpo entendiera antes que su mente que estaba delante de algo inmensamente sagrado.

No se arrodilló por miedo. No fue como aquellos temblores de los pueblos antiguos ante sus ídolos sedientos de sangre. No. Esto era otra cosa. Era como si su corazón le dijera: **“Inclínate. No por obligación... sino por Amor.”**

Delante de Él estaba Ella.
Y no había palabras que alcanzaran a describirla.

Porque su belleza era física, emocional, social y espiritual. Su hermosura venía de dentro, de una pureza tan grande que parecía envolverlo todo. La luz que salía de Ella no hería los ojos, sino que los sanaba. Su rostro tenía una dulzura inigualable, pero también una firmeza que daba paz. Era como el abrazo del cielo: fuerte, pero suave; majestuoso, pero maternal.

Y luego la escuchó.

Su voz.

¡Oh, su voz!

No era solo sonido. Era un bálsamo. Era música. Era ternura hecha palabra. Cuando María habló, todo el mundo desapareció. Ya no existían las penas de su pueblo, las cargas de la vida, los recuerdos de los días difíciles. Todo eso se deshizo como el humo, y lo único que quedó fue Ella... hablándole... con cariño.

Hablaba como una Madre amorosa, una amiga fiel, una persona considerada. **Hablaba como quien ama. Como quien se acerca a uno con respeto, con ternura, con una delicadeza que sana.**

Juan Diego sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Lágrimas mansas,

tranquilas. Lágrimas que nacían del alma cuando uno se siente profundamente amado y profundamente pequeño a la vez.

Porque eso sentía: **una pequeñez hermosa.**

La Majestuosidad de María no lo aplastaba. Lo elevaba. No lo hacía sentirse indigno, sino elegido. Su grandeza no lo hacía alejarse... lo hacía desear acercarse más, como un niño corre a los brazos de su madre cuando la ve gloriosa.

Cada palabra que Ella decía era como una caricia en su interior. Eran palabras con calor. Con aliento. Como si el mismo Espíritu de Dios le hablara por medio de esa Mujer.

Y Juan Diego, el humilde, el sencillo, el que no tenía tierras ni honores, pensó para sí:

“Esto... esto es lo que mi alma siempre ha buscado.”

El mundo podía tener guerras, injusticias y tristezas. Pero allí, en ese momento, todo lo que importaba era esa presencia. Esa mirada. Esa voz. **Esa Mujer.**

Y aunque aún no sabía lo que Ella le iba a pedir, ya estaba preparado. Porque cuando uno se sabe amado con tanta nobleza, con tanta ternura, con tanta dignidad... uno ya no duda. Uno confía. Uno dice sí.

Porque **delante del amor verdadero, lo único que queda es responder con amor.**

Y Juan Diego, en su corazón, ya se había entregado.

Capítulo 6: “La Voz que me preguntó a dónde iba”

María lo miró a los ojos. Su rostro estaba lleno de ternura, y su voz se sintió como el amanecer sobre el corazón. Como una suave brisa que penetra hasta el fondo del alma.

“Escucha, hijo mío, el más pequeño, Juanito... ¿a dónde te diriges?”

Juan Diego sintió que su corazón se hacía pequeño de tanta dulzura. Era una pregunta llena de amor, como quien no necesita información, sino quiere abrir una conversación que brota del cariño. Esa pregunta tenía música en su tono. Y tenía el nombre de él... dicho como nunca nadie lo había dicho.

Sonrió con humildad, bajó un poco la cabeza y contestó con la verdad que llevaba en el alma:

“Señora mía... Reina mía... Muchachita mía...”

Y al decir “muchachita”, Juan Diego no hablaba con falta de respeto, sino con ese tono que solo se reserva para quienes uno ama profundamente, con ternura limpia. Era una forma de decirle: “Tú me eres querida. Eres hermosa. Eres mi esperanza.”

Y continuó, con sencillez:

“...allá llegaré, a tu venerable casa en México Tlatelolco, a seguir las cosas de Dios que nos dan, que nos enseñan...”

Al decir eso, sus ojos se iluminaron. No solo a oír una misa por costumbre. No. Juan Diego iba a buscar a Dios y las cosas de Dios con hambre de aprender, con deseo de amar mejor, con mira a la eternidad. Iba a encontrarse con aquellos hombres a quienes Dios había encargado enseñarle el camino. Les tenía cariño, sí. Mucho cariño. Para él, los sacerdotes eran **puentes hacia el cielo**. Los respetaba, no por lo que sabían, sino porque a través de ellos recibía a Cristo.

“Quienes son imágenes del Señor... Señor Nuestro... nuestros sacerdotes.”

Así los llamó.

Porque así los sentía.

María lo miró con ternura infinita. Sus ojos se llenaron de dulzura. Y fue allí donde le reveló Su preciosa voluntad.

Habló como solo una Madre puede hablar a un hijo que ama.

Con esa voz que sana.

Con ese tono que da confianza.

Con ese lenguaje que no se impone, pero que se graba en el alma como un fuego suave. Con una mirada sencilla llena de amor.

Y mientras Ella hablaba, Juan Diego sentía que todo su ser se llenaba de sentido. Como sus anhelos eran conducidos hacia sus auténticos deseos.

Su fe, su amor a los sacerdotes, su camino hacia Tlatelolco... todo cobraba más luz. Porque ahora, en medio de su vida sencilla, conocía más profundamente a Dios, que por medio de Nuestra Madre pudo conocer mejor... por medio de la más hermosa de todas las mujeres: **la Madre del verdadero Dios por quien se vive.**

Ese día, Juan Diego comprendió que **seguir las cosas de Dios** no era solo escuchar sermones, sino **escuchar la voz de una Madre que nos lleva al Corazón del Padre.**

Y esa voz, la de María, lo estaba guiando... para una misión que jamás habría imaginado.

Capítulo 7: “Palabras que se quedan para siempre”

Juan Diego jamás olvidaría ese momento.

Estaba de pie, pero el alma le temblaba de emoción. No de miedo, no de duda, sino de esa clase de temblor que llega cuando uno sabe que está escuchando algo demasiado grande... demasiado hermoso... algo que no es de este mundo.

María lo miró como solo una Madre sabe mirar a su hijo más pequeño. Esa mirada —tierna, comprensiva, amorosa— era ya un regalo en sí misma. Pero luego... **habló.**

Y lo que dijo, se grabó en lo más profundo de su corazón, como fuego que no quema pero sí transforma:

“Sábelo, ten por cierto, hijo mío, el más pequeño...”

Juan Diego sintió que se le hacía un nudo en el pecho. **“Hijo mío...”**. Qué palabra más linda. Qué palabra más grande. Se sintió abrazado, conocido, amado. Y no solo eso: lo llamaba con ternura, como quien cuida lo frágil con amor verdadero.

“...que yo soy en verdad la perfecta siempre Virgen Santa María...”

¡La Virgen! ¡La Madre de Jesús! Pero no solo eso. Ella misma lo decía con humildad y alegría: **“la perfecta siempre Virgen”**. Y lo decía con dulzura, con una sencillez tan limpia que más bien daba ganas de quedarse a su lado para siempre.

“...que tengo el honor y la dicha de ser Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive...”

Esas palabras fueron como una ráfaga de cielo.

Juan Diego sintió que su alma se iluminaba. ¡La Madre del verdaderísimo Dios! ¡Del Dios por quien se vive! ¡Del Creador **del Dueño del cielo y de la tierra, del Dueño de la cercanía, del Dueño de lo eterno! Del Dios que es el Amor de mi vida, el deseo de mi corazón, el Misterio que siempre he querido conocer.**

Y aún con todo eso, **ella estaba ahí, hablando con él, con un indito sencillo, un pobre hombre del pueblo.**

Eso lo conmovió más que cualquier milagro. Porque esa humildad, ese amor, esa presencia tan cercana y tan majestuosa al mismo tiempo... no eran otra cosa que puro cielo en la tierra.

Entonces María le compartió su deseo. Sin dar órdenes, ni imponer. **Pidió. Como una madre que sueña. Como alguien que ama.**

**“Mucho quiero, mucho deseo...” —dijo—
“...que aquí me levanten mi Casita Sagrada.”**

Y cuando dijo “mi casita”, no se refería a un templo solo de piedras. Era más que eso. Era un **lugar de encuentro. Un lugar para mostrar, ensalzar y manifestar al Dios vivo.**

Un hogar. Un rincón donde el amor de Dios se hiciera visible, palpable, cercano. Un lugar donde el corazón encontraría su más ardiente deseo.

“Lo entregaré a las gentes en todo mi amor personal...”

¡Qué palabras! ¡Qué ternura!

Juan Diego comprendió que esa casita sagrada no era para Ella... era **para Él**, y para **todos nosotros**.

Ahí lo mostraría.

Ahí lo daría.

Ahí entregaría al que es **su mirada compasiva**, su auxilio, su salvación.

“a Él que es mi mirada compasiva, a Él que es mi auxilio, a Él que es mi salvación.”

Y mientras la contemplaba, Juan Diego entendía que toda la hermosura de Ella venía de Dios. Y eso lo hacía amarlo aún más. Sentía que su alma se encendía por dentro, como una fogata que no quema, sino que abraza. Le nació un deseo profundo de quedarse con Dios por siempre, junto a su Creador, sin que nada lo separara de Él. Y al saber que Jesús era su salvación, su alma descansó como quien por fin llega a casa.

Y mientras escuchaba todo eso, Juan Diego se sentía como un niño en el regazo de su madre. No quería que se acabara nunca ese momento. Su corazón ya no le cabía en el pecho.

Porque lo que estaba escuchando **era una misión, sí... pero sobre todo, era un acto de amor.**

Ella lo amaba. Amaba a su pueblo. Amaba a todos sus hijos.
Y **quería quedarse.**

Sí... con María quería quedarse.

Capítulo 8: “Una Madre que cura las penas”

Juan Diego ya no podía hablar. Tenía el alma tan conmovida, que todo dentro de él estaba en silencio, como si hasta sus pensamientos se hubieran hincado.

Las palabras que María decía **eran palabras que sanaban**. Como si con cada frase, una herida vieja se cerrara, una tristeza se secara, una soledad se llenara de sol.

Y entonces la escuchó decir, con esa voz que acariciaba el alma:

“Porque, en verdad, yo me honro en ser tu madre compasiva...”

Juan Diego sintió que el mundo entero se detenía.

“¡Se honra en ser mi madre!” —pensó—.

¿Cómo puede ser? ¿Yo, tan poca cosa, tan sencillo, tan sin importancia... y Ella se honra en ser mi madre?

Sintió que todo el valor de su vida se renovaba. Ya no era solo un hombre visto de menos por la sociedad. Ya no era solo un creyente humilde. Ahora sabía, con certeza, que tenía una Madre en el Cielo. **Y la más hermosa, la más tierna, la más poderosa. También que era Hermano de Cristo.**

Pero María no se detuvo ahí.

“...tuya y de todos los hombres que vivís juntos en esta tierra,”

¡De todos! ¡No solo de reyes o sabios! No solo de quienes sabían leer o tenían poder. ¡Sino de todos los que compartían la tierra! Y mientras hablaba, Juan Diego pensaba en su gente, en sus vecinos, en los enfermos, en las mujeres que sufrían, en los niños huérfanos...

Ella era Madre de todos. “Somos hermanos en Cristo” pensó.

“...y también de todas las demás variadas estirpes de hombres, los que me amen; los que me llamen, los que me busquen, los que confíen en mí.”

María hablaba como una Madre que **abre los brazos para todos**.

Los que la amen. Los que la busquen.

Incluso los que aún no la conocen... pero un día la llamarán.

Juan Diego sintió que el amor que ella describía **no tenía frontera**. No era solo para su tierra, no era solo para su tiempo. **Era un amor que cruzaba los siglos y los continentes.**

Un amor que aún hoy —sí, hasta hoy— sigue buscándonos con esa misma

ternura.

Y entonces vino la promesa que lo hizo llorar:

“Porque ahí, en verdad, escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores.”

María es una Madre buena.

Era **una madre real.**

Una madre que escucha el llanto.

Una madre que no se escandaliza de mi pasado.

Una madre que no huye de la miseria ni de las heridas.

Una madre que entra en la pena... para curarla.

Juan Diego sintió que su corazón se rompía... pero no de tristeza. **De gratitud.**

Porque sabía que muchas veces había llorado solo. Que su pueblo había sufrido tanto. Que muchos pensaban que nadie los escuchaba.

Pero ahora sabía la verdad:

María escuchaba. Y quería quedarse.

Quería una Casita Sagrada para mostrar a Jesús, para consolar, para sanar.

Para dar esperanza a los que ya no la tienen.

Para decirles a todos, generación tras generación:

“Estoy contigo. Soy tu Madre. Te amo, estoy contigo.”

Juan Diego bajó la cabeza. El viento suave le acariciaba el rostro. Y en su interior solo pudo decir una cosa:

“Gracias, Madre mía. Gracias... por querer quedarte con nosotros.”

Capítulo 9: “El envío de una Madre que confía en su hijo”

Juan Diego seguía arrodillado. **Su alma había encontrado su lugar: a los pies de su Madre.**

Cada palabra que Ella decía lo llenaba de una paz que nunca antes había conocido. Era como si su corazón, cansado de tantas penas de la vida, **por fin hubiera encontrado descanso.**

Y entonces, después de llamarlo con ternura, después de revelarse como su Madre y como la Madre de todos, María le habló... **como una Madre que ama profundamente en su hijo.**

“Y para realizar lo que pretende mi compasiva mirada misericordiosa...”
—comenzó a decir, con una voz suave, pero llena de determinación—
“...anda al palacio del obispo de México.”

Juan Diego abrió los ojos. ¿El obispo? ¿Él, un simple campesino, presentarse ante un gran señor de la Iglesia? El pensamiento lo extrañó un poco. Pero **la dulzura con la que María hablaba lo sostuvo y le dio seguridad.**

“...y le dirás cómo yo te envío...”
“...le descubrirás cuánto deseo que aquí me provea de una casa...”

Ella hablaba con un deseo tan limpio, tan transparente, que Juan Diego no podía hacer otra cosa que escucharla con el alma abierta. No era una orden seca. Era **un sueño de Madre** que se compartía con cariño, como quien le confía a su hijo pequeño una misión hermosa para el mundo.

“Todo le contarás, cuanto has visto y admirado, y lo que has oído.”

Él sabía que eso era mucho. ¿Cómo iba a poner en palabras todo lo que sentía? ¿Cómo decirle al obispo que el Cielo le había hablado, que la Reina del universo se le había aparecido como una madre cercana, llena de amor y compasión? ¿Cómo explicaría con palabras la belleza indescriptible de nuestra Madre?

Pero María, con su ternura, no lo dejó solo.

“Y ten por seguro que mucho lo agradeceré y lo pagaré,”
“que por ello, en verdad, te enriqueceré, te glorificaré;”
“y mucho de allí merecerás con que yo retribuya tu cansancio...”

Juan Diego no pensaba en recompensas. Él genuinamente quería amar. Pero esas palabras... ¡esas palabras lo tocaron hondo! Porque no era solo un pago lo que Ella ofrecía. Era **una promesa de amor. Una bendición de Madre. María le mostro un poco de la infinita bondad de Dios.**

Ella lo veía. Ella valoraba su esfuerzo.
Ella sabía que ir hasta el obispo no era fácil...
Pero también sabía que Juan Diego **podía hacerlo.**

Y por eso terminó con una frase que lo levantó del suelo, como si le diera alas:

“Ya escuchaste, hijo mío el menor, mi aliento, mi palabra; anda, haz lo que esté de tu parte.”

Ahí estaba todo.

No le pedía hacerlo perfecto. María sabía que con la ayuda de Dios se hacen

los planes. Solo le pedía hacer su parte.

Y eso... eso Juan Diego sí podía hacerlo.

Se levantó. Respiró hondo. Guardó en su corazón cada palabra, cada mirada, cada promesa. **Su Madre lo enviaba. Su Madre confiaba en él. Y él... quería responder amando al hacer la voluntad de nuestra Madre.**

Así, sin riquezas, sin títulos, con el poder que su fe y su amor, **Juan Diego emprendió el camino... como mensajero del cielo.**

Capítulo 10: “Cuando uno ama... obedece a Dios y a quien Dios designe”

Juan Diego se inclinó con respeto profundo. Se postró con todo el amor que un hijo puede tener por su Madre, y con un tono suave, lleno de confianza, dijo:

“Señora mía... Niña mía... ya voy a realizar tu venerable aliento, tu venerable palabra. Por ahora te dejo... yo, tu humilde servidor.”

No había en su voz ni una pizca de queja. No dijo “es difícil”, ni “soy muy pequeño”, ni “qué miedo el obispo”. Nada de eso. Lo único que brotó de su boca fue **la entrega sencilla de un corazón que ha sido tocado por el amor verdadero.** Un ardiente deseo de amar haciendo los planes del Cielo. Cada misión de cada persona puede cambiar el mundo cuando se hace conforme a la Voluntad de Dios. Sabiendo que la Voluntad de María es idéntica a la Voluntad de Dios.

Y así, con paso firme y alma obediente, **comenzó a caminar hacia México.**

No miraba a los lados. No se distrajo con los vendedores ni con las voces de la ciudad. Iba derecho, como quien tiene un propósito mayor que cualquier otra cosa. Cada paso era una respuesta de amor. Cada paso decía: **“Sí, Madre. Sí, lo haré.”**

Llegó a la ciudad, a ese lugar de piedras y calles angostas, donde todo era ruido, movimiento y política. Pero él no iba por asuntos de este mundo. **Iba en nombre del Cielo.**

Se dirigió al palacio episcopal. Preguntó con humildad, casi con timidez, si podía ver al obispo. Los criados lo miraron de reojo. Él no vestía como gente importante. Llevaba su tilma sencilla, sus sandalias gastadas, su voz baja... pero sus ojos estaban llenos de luz.

Esperó.

El tiempo se le hizo largo, pero **su alma seguía cantando por dentro**. Se repetía las palabras de María. Se las decía a sí mismo como quien repite una promesa para no olvidarla.

Finalmente, lo llamaron. El obispo, don fray Juan de Zumárraga, sacerdote franciscano recién llegado, había mandado a decir que lo hicieran pasar.

Juan Diego entró. Se arrodilló con respeto. Se postró con humildad. Y entonces **abrió su corazón como un río que desborda**.

Le contó todo.

Cada detalle.

Cada palabra.

Cómo había sido la mañana en el Tepeyac. Cómo la escuchó, cómo la vio, cómo le habló con tanta dulzura. Cómo la tierra reverberaba con belleza. Cómo su corazón se encendió de amor.

Y cómo Ella le había pedido, con voz de madre, que viniera a hablarle para pedirle una Casita Sagrada, donde pudiera mostrar a Dios y darlo a todos para consolar, curar y amar a todos sus hijos.

Juan Diego dijo lo que pudo. Tampoco ocultó el asombro de su alma. **Era evidente que hablaba con el corazón en la mano**.

El obispo lo escuchó con atención.

Lo miraba con curiosidad, con algo de reserva. Era un hombre sabio, acostumbrado a discernir espíritus. No se dejó llevar por la emoción del momento.

Y cuando Juan Diego terminó, el obispo respiró hondo y, con voz pausada, le dijo:

“Hijo mío... otra vez vendrás. Aún con calma te oiré. Bien aún desde el principio miraré, consideraré la razón por la que has venido, lo que es tu voluntad, lo que es tu deseo.”

Juan Diego se quedó quieto. Asintió con la cabeza. No protestó. No discutió. No reclamó.

Pero **cuando salió... su corazón estaba triste**.

No porque dudara de la misión.

No porque desconfiara de la Virgen.

Sino porque no se había realizado de inmediato el deseo de su Madre. Y eso... eso le dolía como algo propio.

Caminó de regreso, bajando la mirada, como quien lleva un mensaje precioso que aún no ha sido comprendido.

Pero incluso en la tristeza... **seguía amando. Tenía la esperanza que con la**

ayuda de Dios se hacen los proyectos cuando convienen en su debido tiempo. Con humildad acepto y se sometió a Dios. Sabiendo que Dios puede tocar cada corazón y todo saldrá perfecto.

Capítulo 11: “Volver a los brazos de mi Madre”

Cuando el sol comenzó a esconderse detrás de los volcanes, Juan Diego ya no pensaba en la comida ni en el cansancio. Lo único que anhelaba era regresar al cerrito del Tepeyac. Allí donde su corazón había sido tocado. Allí donde lo esperaba su Madre.

Y aunque sus pies caminaban por la tierra, **su alma iba como llevada por alas invisibles.**

Subió la cumbre sin mirar a los lados, sin detenerse. Sabía exactamente a dónde ir. Y al llegar al mismo lugar donde todo había comenzado, **la vio.**

Ella ya lo esperaba.

Como una Madre que **nunca deja de esperar a su hijo**, aunque se retrase, aunque fracase, aunque llegue con el corazón hecho pedazos.

Cuando la vio, Juan Diego **se postró de inmediato.** Se arrojó por tierra como quien se sabe indigno de tanto amor. No era miedo lo que lo hacía caer, sino **una mezcla de respeto y cariño tan grande**, que su cuerpo no encontraba otra forma de expresar lo que el alma sentía.

Y habló.

“Patroncita... Señora... Reina mía...”

Y luego, en ese tono tan tierno que sólo un hijo usa con la madre que tanto ama, le dijo:

“Hija mía la más pequeña... mi Muchachita...”

Le contó todo. Cada paso. Cada palabra. Le relató cómo fue difícil entrar al palacio, pero lo logró. Cómo el obispo lo recibió con amabilidad y lo escuchó con atención. Pero también cómo su corazón **no lo reconoció**, cómo **no creyó aún** que las palabras que traía venían de los labios de la Reina del Cielo.

Juan Diego no reclamó, no criticó. Sólo **expresó el dolor sencillo de quien ha querido servir... y no ha sido creído.**

Y entonces, con los ojos humedecidos, le suplicó:

“Te pido, Señora mía... que envíes a otro.”

“A uno de los nobles, a uno que sea conocido, respetado, honrado. le encargues que conduzca, que lleve tu venerable aliento, tu venerable palabra para que le crean.”

Y no lo decía por cobardía.

Lo decía con una humildad tan profunda, que su voz parecía quebrarse con cada palabra. Porque **él no quería que la misión fracasara**. Él no pensaba en su honor, sino en que **la Voluntad de Dios, que le comunicaba María**.

“Yo soy un hombre del campo...” —dijo—

“soy como la cuerda de los cargadores, soy parihuela, cola, ala... necesito que me lleven...”

Era su forma de decir: “No soy digno, no soy suficiente, no soy el indicado.” Pero lo decía no desde la desesperanza, sino desde **la pequeñez hermosa del que ama mucho y teme no estar a la altura**.

Y como quien cree que está a punto de causar tristeza a la persona que más ama, añadió con el alma en la garganta:

“Dispénsame... quizá afligiré tu rostro, tu corazón. Tal vez caeré en tu enojo, en tu disgusto... Señora mía, Dueña mía.”

Juan Diego hablaba como un niño que teme decepcionar a su madre. Pero también hablaba como un hombre que había entregado todo lo que tenía.

Y lo único que esperaba ahora... **era una respuesta de amor**.

Y eso, precisamente, era lo que María estaba a punto de darle.

Capítulo 12: “Tú eres el elegido”

Juan Diego permanecía postrado, esperando tal vez una señal, una caricia, o tal vez que María hiciera los planes de Dios con otro.” Pero no fue eso lo que escuchó.

Fue algo mucho más grande.
Mucho más hermoso.
Y mucho más comprometedor.

María, la Perfecta Virgen, digna de toda honra y veneración, **no alzó la voz, pero sus palabras tenían el peso de la eternidad**.

“Escucha, tú, el más pequeño de mis hijos...” —comenzó diciendo, con esa

dulzura que Ella tenía—

“...ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quienes yo pueda enviar para llevar mi aliento, mi palabra, para cumplir mi voluntad.”

Juan Diego tragó saliva.

Sabía que era verdad.

Sabía que había muchos mejores que él: sabios, nobles, poderosos. Gente instruida, conocida.

Pero entonces... **¿por qué Ella lo miraba a él con tanta ternura?**

Y lo comprendió cuando escuchó lo siguiente:

“Pero es necesario que tú... personalmente... vayas.”

Ese “tú” no era cualquier cosa. Era **una elección. Una afirmación. Una confianza que había depositado en él.**

“Tú, personalmente.”

Juan Diego sintió cómo le temblaban las manos. No de miedo. De emoción. De humildad. **Dios lo había escogido. Su Madre lo había elegido.** Y no porque fuera el más sabio, sino porque Dios nos ama a todos... y él estaba dispuesto a hacer la Voluntad de Dios, estaba dispuesto a amar.

“Mucho te ruego, hijo mío el menor, y con rigor te mando...” —continuó María—

“...que otra vez vayas mañana a ver al obispo.”

No había regaño en su voz. Había firmeza, sí. Pero sobre todo había **esperanza.** María confiaba en él. Le rogaba, pero también lo enviaba con autoridad. No lo obligaba... **le pedía con amor.**

“Y de mi parte hazle saber, hazle oír mi querer, mi voluntad...” —le dijo—

“...para que realice, edifique mi casa sagrada que le pido.”

Juan Diego asintió en silencio.

Su corazón latía como tambor.

No entendía por qué, pero **sentía que estaba viviendo algo más grande que él mismo.**

Dios mismo estaba escribiendo historia con su vida. Y él... un indito sencillo, era el elegido para ello.

Y entonces María lo selló todo con una frase que lo hizo casi llorar:

“Dile de nuevo de qué modo yo, personalmente, la siempre Virgen Santa

María, yo, que soy la Madre de Dios, te envío a ti como mi mensajero.”

“¡Tú eres mi mensajero!”

No había título más alto.

No había misión más grande.

Juan Diego no se sintió grande, pero **sí profundamente amado.**

Y cuando uno se sabe amado por el cielo... uno puede enfrentar cualquier cosa.

Se levantó. Miró a su Madre con los ojos humedecidos, y aunque no dijo palabra, su corazón gritaba:

“Sí, Señora mía. Sí, Muchachita mía. Iré.”

Y en su pecho ya no había tristeza, sino una fe firme, tejida por la voz de una Madre que jamás se equivoca al elegir.

Juan Diego reconoció la belleza de amar y participar en hacer los planes de Dios. Porque Dios nos invita a todos y nos ama con un amor incondicional.

Capítulo 13: “Aunque no me crean, yo te creo a Ti”

Juan Diego estaba de pie frente a Ella.

Todavía sentía en el pecho el peso de las palabras de María, no como una carga pesada, sino como **un tesoro confiado a su corazón.**

Se sabía pequeño, pero también profundamente elegido. Y eso lo llenaba de una fuerza que no venía de él, sino del amor que lo había enviado.

La miró con reverencia. Su corazón latía con respeto, con amor, con ternura. Y entonces, con voz suave pero segura, le dijo:

“Señora mía... Reina mía... Muchachita mía...”

—y al decirlo, era como si su alma se llenara de luz—

“...que no angustie yo con pena tu rostro, tu corazón...”

No quería entristecerla.

No quería que Ella sufriera por su causa.

Al contrario: **quería consolarla, quería hacerla sonreír.**

“...en verdad, con todo gusto iré...”

“...a poner por obra tu venerable aliento, tu venerable palabra...”

Lo dijo con decisión. No era una respuesta vacilante. No había excusas. No había quejas.

“De ninguna manera lo dejaré de hacer...”
“...ni tengo por molesto el camino.”

¡Qué grandeza tan escondida!

Un hombre sencillo, sin estudios ni poder, aceptando una misión celestial con alegría, sin importar el cansancio, el camino, ni los posibles desprecios.

Y aun así, como quien mira la realidad con humildad, añadió con honestidad:

“Iré ya, a cumplir tu voluntad...”
“...pero tal vez no seré oído...”
“...y si fuere escuchado, quizá no seré creído.”

No lo decía por falta de fe. Lo decía porque conocía el mundo, conocía las barreras.

Pero, aun así, **eso no lo detenía.**

Porque cuando uno ama, uno obedece... aunque no lo crean.

Y con un corazón abierto, añadió con dulzura:

“Pero en verdad, mañana en la tarde, cuando se meta el sol, vendré...”
“...a devolver a tu venerable aliento, a tu venerable palabra, lo que me responda el Gobernante Sacerdote.”

Era como si le dijera:

“No te fallaré, Madre mía. Venga lo que venga, volveré a Ti.”

Y ya despidiéndose, con el mismo tono filial que había usado desde el primer momento, concluyó con una ternura que haría sonreír al cielo:

“Ya me despido de Ti respetuosamente, Hija mía la más pequeña, mi Muchachita, Señora, Niña mía... descansa otro poquito.”

María no dijo nada en ese momento, pero **su rostro estaba lleno de amor y una dulzura serena.**

Lo miraba con amor, con orgullo, con esa sonrisa de Madre que sabe que su hijo —aunque pobre, aunque ignorado por el mundo— ha dicho “sí”... y ese “sí” lo cambia todo.

Juan Diego bajó del cerrito con pasos decididos.

El sol ya se escondía, y el cielo empezaba a vestirse de estrellas.

Pero en su corazón brillaba una sola certeza:
no sabía si el obispo lo creería...

pero él sí creía en María y sabía lo amado que es por nuestra Madre.

Y eso era suficiente.

Capítulo 14: “No me creen, pero yo sigo creyendo”

Esa noche, cuando regresó a su casa, Juan Diego se acostó, pero el sueño tardó en llegar.

No por miedo... sino por emoción.

Su corazón seguía latiendo con fuerza.

Cada palabra de María, cada mirada, cada gesto suyo... todo lo llevaba grabado en el alma. Y mientras el mundo dormía, él solo quería cumplir con lo que Ella le había confiado.

Antes de que amaneciera, aún con las estrellas colgando del cielo como faroles encendidos, **Juan Diego se levantó.**

Se aseó, se arregló con su humildad acostumbrada, y **se fue derecho a Tlatelolco**, como quien no solo tiene un encargo, sino también una fe firme que nadie le puede quitar.

Primero fue a **aprender las cosas divinas.**

No quería dejar de recibir la gracia de Dios. Quería alimentar su alma, recibir la Eucaristía, y ser contado entre los que buscan al Señor.

Después, cuando la ciudad comenzaba a recobrar su bullicio, **fue al palacio del obispo.**

No iba como quien exige.

No iba como quien reclama.

Iba como quien ama y quiere servir.

Con dificultad, logró que lo dejaran pasar.

Y cuando lo vio, **se arrodilló, se le llenaron los ojos de lágrimas... y con tristeza en el alma, le volvió a contar todo.**

Le explicó, con respeto, con detalle, todo lo que la Reina del Cielo le había dicho.

Le suplicó, con la sencillez del corazón, que **creyera el mensaje de la Señora del Cielo**, que aceptara construir la Casita Sagrada donde Ella deseaba dar a conocer a Dios, también consolar, curar, y amar a todos sus hijos.

Pero el obispo, hombre sabio y prudente, quiso cerciorarse.

Le hizo muchas preguntas.

¿Dónde la había visto?

¿Cómo era?

¿Qué dijo exactamente?

Y Juan Diego respondió todo. Con la verdad, sin dudar, sin inventar.
Le describió su belleza, su voz, su manto, su mirada. Le habló de cómo todo en Ella irradiaba santidad, dulzura, y la gloria del verdadero Dios por quien se vive.

Pero... **no fue suficiente.**

El obispo, con respeto, pero con reserva, le dijo que no bastaba su palabra.

Necesitaba una señal.

Algo claro, algo concreto, algo que confirmara que realmente lo enviaba la Reina del Cielo.

Juan Diego sintió un nudo en la garganta. Pero no vaciló.

No renegó.

No se rindió.

Con la humildad del que sabe que lo importante no es él, sino el mensaje, le dijo:

“Señor Gobernante, considera cuál será la señal que pides, porque luego iré a pedírsela a la Reina del Cielo que me envió.”

El obispo lo miró.

Y aunque no lo dijo en voz alta, **admiró su firmeza, su fe, su serenidad.**

Vio que **Juan Diego no dudaba.**

No inventaba.

No buscaba atención.

Y por eso lo dejó ir.

Pero, en cuanto salió, **el obispo mandó que lo siguieran.**

Tenía dudas, sí. Pero también tenía deseos de saber si todo aquello era real. Por eso ordenó a hombres de su confianza que lo vigilaran, que vieran adónde iba, con quién hablaba.

Juan Diego, ajeno a todo, caminaba con paso tranquilo, con el alma llena de amor y continuo con la misión que llevaba. **Iba de nuevo al Tepeyac, al encuentro con su Madre.**

Pero los hombres que lo seguían, al llegar al puente de madera, cerca de la barranca del Tepeyac, **lo perdieron.**

No supieron cómo.

No supieron por qué.

Buscaron por todas partes.

Y no lo encontraron.

Y como no entendían lo que pasaba, **se enojaron**.
Volvieron al obispo y le dijeron cosas duras.
Que mentía.
Que inventaba.
Que soñaba.
Que sólo venía a alborotar a la gente.

Y así, el corazón del obispo se llenó de confusión.

Y ellos, en su enojo, dijeron que **si volvía otra vez, lo agarrarían y lo castigarían**.

Pero Juan Diego... **no sabía nada de eso**.

Él sólo sabía que **tenía una Madre esperándolo en el cerro... y una señal que pedir**.

Y eso... eso era más fuerte que cualquier amenaza.

Capítulo 15: “Una señal, una promesa y una Madre que no falla”

Juan Diego había vivido una jornada larga. Su corazón estaba cansado, pero firme.

Había hecho su parte: fue al obispo, habló con humildad, respondió con verdad... pero no fue suficiente.

El obispo quería una señal.

Y él, obediente, caminó de nuevo hacia el Tepeyac.

No iba frustrado. No iba enojado.

Iba con la paz de quien sabe que **la última palabra no la tiene el mundo... la tiene el cielo**.

Cuando llegó al cerrito, **María ya lo esperaba**.

Siempre lo esperaba.

Siempre estaba allí, con su mirada llena de ternura, como una madre que nunca se cansa de su hijo.

Juan Diego se postró, como siempre, con respeto, con amor, con esa mezcla de reverencia y afecto que solo él sabía expresar tan bien.

Y le contó todo.

Le dijo lo que el obispo había pedido.

Le explicó que, a pesar de su fe, **el obispo necesitaba ver algo con sus ojos... una señal**.

María lo escuchó con atención, sin interrumpirlo.
Y cuando terminó, Ella sonrió con esa paz que solo tienen las personas que aman auténticamente con Dios en su corazón.

Entonces le dijo:

“Bien está, hijito mío...”

¡Qué dulzura tan honda tenía esa frase!

No era una respuesta fría. Era como un abrazo en forma de palabras.

“Bien está...”

Como diciendo: “Tranquilo, lo estás haciendo bien. Estoy orgullosa de ti.”

Y siguió:

“Volverás aquí mañana, para que lleves al obispo la señal que te ha pedido.”

Juan Diego sintió una paz profunda.

Dios ya tenía preparada la señal.

No necesitaba inventar, ni probar nada por su cuenta. Solo tenía que regresar... **y confiar.**

“Con eso te creerá...” —le dijo María—

“...y acerca de esto ya no dudará, ni de ti sospechará.”

Aquella promesa fue como un bálsamo para su alma.

El amor de la Virgen no solo era maternal, también era práctico, concreto.

Ella sabía lo que hacía. Y él solo tenía que seguir caminando de su mano.

Y entonces, como si no bastara con la promesa de la señal, **María le regaló algo más profundo: su gratitud.**

“Y sábetelo, hijito mío, que yo te pagaré tu cuidado, y el trabajo y cansancio que por mí has prodigado.”

Juan Diego se quedó en silencio.

No esperaba recompensa. No hacía esto por méritos. Lo hacía porque **amaba a su Madre.**

Pero escuchar esas palabras... escuchar que Ella veía su esfuerzo, su entrega, su cansancio...

Eso lo hizo sentirse profundamente amado.

Y para cerrar ese momento, María le dijo con dulzura:

“Ea, vete ahora; que mañana aquí te aguardo.”

No era una despedida.

Era una cita.

Una promesa de reencuentro.

Juan Diego se despidió de Ella con el corazón lleno de esperanza.

Bajó del cerrito como quien camina bajo la mirada del cielo.

Sabía que mañana... vendría la señal.

Pero más que eso, sabía que **mañana... volvería a ver a su Madre.**

Y eso, ya era motivo suficiente para vivir con alegría.

Capítulo 16: “Entre el amor del cielo... y el deber de la tierra”

El lunes amaneció con el cielo tranquilo, pero **el corazón de Juan Diego no lo estaba.**

Ese era el día.

El día de la señal.

El día en que volvería al Tepeyac, recibiría el milagro prometido y lo llevaría ante el obispo como prueba del amor de la Reina del Cielo.

Pero... **no pudo ir.**

Porque al llegar a su casa, encontró a su tío Juan Bernardino con el rostro encendido por la fiebre y el cuerpo quebrado por el dolor.

La enfermedad se había asentado fuerte.

Y Juan Diego lo entendió de inmediato: **era grave. Muy grave.**

Como buen sobrino, no se quedó cruzado de brazos.

Hizo todo lo que pudo. Fue a buscar al médico.

Le llevó agua. Le dio cobijo. Se quedó a su lado toda la noche.

Pero en su corazón ya lo presentía... **no había nada qué hacer.**

El tío, con voz débil, le pidió algo que hizo temblar el alma de Juan Diego:

“Cuando amanezca, ve a buscar a un sacerdote. Quiero confesarme y quiero la unción. Quiero prepararme. Ya siento que mi hora ha llegado.”

Juan Diego asintió, con los ojos humedecidos.

Amaba a su tío. Había vivido con él. Lo cuidaba, lo respetaba.

Y ahora, cuando se acercaba el momento final, **él estaría allí... para ayudarlo a bien morir.**

Pero su corazón estaba dividido.

Por un lado, la misión que la Virgen le había dado.
Por otro, el deber humano, cristiano, de asistir a su tío en sus últimos momentos.

¿Cómo podía fallarle a su Madre del cielo?

Pero también... **¿cómo podía dejar solo a su tío en la hora de la verdad?**

Durante la noche, oró en silencio.

No sabía qué hacer.

Y aunque no oía una voz del cielo, sentía algo muy claro en su alma:

el amor de Dios no divide... une.

Y si María era su Madre, **entendería su dolor.**

Así que, con la frente en alto y el alma temblorosa, **decidió permanecer con su Tío el día y al día siguiente salir al amanecer a buscar al sacerdote.**

No porque hubiera olvidado la misión.

Sino porque **quería acompañar a su tío en estos momentos.**

Y lo demás... se lo confiaba a María.

Aún estaba oscuro cuando salió.

Las calles estaban silenciosas. El rocío cubría la tierra como una bendición.

Pero su mente no estaba en la neblina ni en el frío.

Estaba en el corazón de su tío... y en los ojos de María.

“Perdóname, Señora mía... solo un momento... solo esto...”

pensaba con cada paso.

“No he dejado tu misión... solo voy por otro camino para traer al sacerdote.”

Y así, con un corazón partido entre el cielo y la tierra,

Juan Diego salió a buscar la misericordia... para su tío... y para él.

Capítulo 17: “Cuando uno se siente indigno... pero Ella no se aleja”

El cielo todavía estaba en penumbra cuando **Juan Diego se acercó al Tepeyac.**
Sus pasos eran rápidos, pero su alma pesaba.

Amaba a la Virgen con todo su corazón.

Sabía que Ella lo esperaba.

Que ese día debía llevar la señal prometida.

Pero su tío... su tío estaba muriendo.

Y su corazón le gritaba que no podía fallarle en ese momento.

Al ver la forma del cerrito alzarse en la neblina, **Juan Diego sintió una punzada en el pecho.**

“¿Y si me ve?” pensó.

“¿Y si me detiene como la otra vez?”

Sabía que si Ella lo encontraba, su ternura lo envolvería, y él no sabría cómo decirle que hoy... **creía no podía obedecerla del todo.**

Así que, con la mejor intención y el alma apretada, **tomó otro camino.**

Miró hacia el poniente, donde antes había entrado, y pensó:

“Si sigo por ahí, seguro me verá... y me detendrá.”

“Que primero nos deje nuestra aflicción,” se dijo.

“Primero debo llamar al sacerdote. El pobre de mi tío ya no aguanta más... solo espera el consuelo de Dios.”

Entonces **rodeó el cerro.**

Subió por en medio.

Cruzó hacia donde sale el sol.

Iba con prisa, con respeto... y con una pena en el corazón: **la pena de estar ocultándose de la Madre que tanto amaba.**

Pensó que si evitaba el camino de siempre, Ella no lo vería.

Pero olvidó que **la mirada de una Madre... todo lo ve.**

Y así fue.

Mientras él daba la vuelta, creyendo pasar desapercibido, **María ya lo estaba mirando... desde lo alto del cerrito.**

Lo vio, lo reconoció, lo amó.

Y sin reproches, sin enojo... **bajó del cerro.**

Lo fue a buscar.

Lo fue a alcanzar. Como el Padre del hijo prodigo abrazó a su hijo cuando lo vio.

Y allí, en ese sendero escondido, **le salió al encuentro.**

Como hacen las madres cuando saben que su hijo está sufriendo.

Como hace Dios cuando uno intenta esconderse por vergüenza... pero Él ya tiene preparada la ternura y el amor incondicional que cura toda pena.

Y entonces, **María habló.**

Con la misma dulzura que la primera vez.

Con esa voz que calma las tormentas del alma.

“Hijo mío, el más pequeño...”

Juan Diego se detuvo.
Le temblaban las manos.
No podía creer que **Ella lo hubiera encontrado... por ese camino escondido.**

Y la escuchó:

“¿Qué pasa? ¿A dónde vas? ¿A dónde te diriges?”

Pero esas no eran preguntas duras.
No era un reclamo.

Era un llamado lleno de amor.

Era una invitación a confiar.

En ese momento, el corazón de Juan Diego se partió.
No por culpa, sino por ternura.
Porque **se sintió tan pequeño... y tan profundamente amado.**

Intentó decir algo, pero no pudo aún.

María ya sabía.

Y estaba ahí no para detenerlo... sino para consolarlo.

Y en lo más profundo de su corazón, **Juan Diego comprendió algo eterno:**

**Uno puede cambiar de rumbo, uno puede sentirse indigno...
pero la Virgen nunca deja de buscarnos, de salir al encuentro... y de
llamarnos por nuestro nombre.**

Capítulo 18: “Cuando el corazón quiere cumplirlo todo”

Juan Diego se detuvo.

La Virgen ya lo había visto. Ya lo había llamado.

Ya no había forma de esquivar su mirada.

Y entonces, como siempre lo hacía, **se postró con respeto**, con el alma
rendida... y también con el corazón hecho nudo.

No estaba huyendo por egoísmo.

No estaba rechazando su misión.

Estaba tratando de hacer lo correcto.

Estaba tratando de no fallarle ni a Ella... ni a su tío.

¿Se sintió apenado? Claro que sí.

¿Tal vez avergonzado? También.

Pero sobre todo... se sintió amado.

Porque Ella, aun sabiendo todo, había salido a su encuentro.

Con voz suave, con ternura, Juan Diego la saludó:

“Mi Jovencita... Hija mía la más pequeña... Niña mía... ojalá que estés contenta...”

Y como si hablar con Ella fuera lo más natural del mundo, agregó con cariño:

“¿Cómo te amaneció? ¿Acaso sientes bien tu amado cuerpecito, Señora mía, Niña mía?”

La estaba cuidando con palabras, como queriendo asegurarse de que **Ella estuviera bien**, aun cuando él era quien tenía el alma quebrada.

Y entonces... **abrió su corazón.**

No pudo guardarlo más.

Le confesó lo que lo tenía angustiado.

“Con pena angustiaré tu rostro, tu corazón...” —le dijo con tristeza—

“...te hago saber, Muchachita mía, que está muy grave un servidor tuyo... mi tío.”

Le contó de la enfermedad.

De la gravedad.

De la urgencia.

“Una gran enfermedad se le ha asentado, seguro que pronto va a morir...”

Y lo dijo no como quien se rinde...

sino como quien **acepta la fragilidad de la vida con humildad.**

Y luego le explicó, con respeto, lo que debía hacer:

“Ahora iré de prisa a tu venerable casa en México... a buscar a uno de los sacerdotes... para que lo confiese, para que lo prepare.”

Juan Diego sabía que eso era lo más importante.

No había mayor caridad que ayudar a un alma a partir en paz.

Y, como buen cristiano, lo dijo con fe firme:

**“Porque en realidad... para esto nacimos:
los que vinimos a esperar el trabajo de nuestra muerte.”**

Era una frase sencilla... pero cargada de verdad.

Sabía que morir era parte del camino.

Sabía que vivir bien... era prepararse para partir con Dios.

Y aun así, quiso que la Virgen supiera que **no se olvidaba de Ella.**
Que no le estaba fallando.
Que, apenas pudiera, **volvería.**

“Si voy a llevarlo a efecto, luego aquí otra vez volveré... para llevar tu venerable aliento, tu venerable palabra...”

Y finalmente, como quien ruega con ternura y fidelidad:

**“Perdóname... todavía tenme un poco de paciencia.
Porque con ello no te engañó, Hija mía la más pequeña...
Mañana sin falta vendré... a toda prisa.”**

Era un hijo pidiendo tiempo.
Un hijo amando a dos personas... con todo su corazón.
Y creyendo que **el amor verdadero no divide... se multiplica. Pero no sabía como hacerlo.**

Y aunque no lo sabía aún, **estaba a punto de descubrir que su Madre del cielo no solo lo comprendía... sino que ya lo había resuelto todo.**

Capítulo 19: “¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”

Juan Diego estaba ahí, a los pies del Tepeyac, de nuevo arrodillado.
No era un guerrero, no era un sabio, no era un príncipe.
Era un hombre sencillo con el alma desgastada por el dolor... y el corazón lleno de amor.

Había hablado con sinceridad.
No escondió nada.
Le contó a la Virgen su tristeza, su urgencia, su necesidad.
Le pidió un poco de paciencia.
Y le prometió volver.

**Tal vez esperaba comprensión.
Tal vez temía decepción.
Pero lo que recibió... fue algo que jamás imaginó.**

María, la Perfecta Virgen, **le respondió.**

No con reproche.
No con enojo.

Sino con la ternura que solo una madre es capaz de tener cuando su hijo le ha abierto el corazón por completo.

“Escucha...” —le dijo, con esa voz que venia del cielo y del corazón al mismo tiempo—

“Ponlo en tu corazón, hijo mío el menor...”

Y en ese instante, Juan Diego supo que todo estaba bien.
Porque cuando alguien te llama “hijo mío”...
ya no hay temor que resista.

“No es nada lo que te espantó, lo que te afligió...”

“Que no se perturbe tu rostro, tu corazón...”

“No temas esta enfermedad ni ninguna otra...”

Esas palabras eran más que consuelo.

Eran un refugio.

Era como si el alma se le cubriera con un manto invisible de paz.

Y entonces vino la frase que marcó para siempre la historia... y que aún hoy sigue siendo bálsamo para los corazones heridos del mundo:

“¿No estoy yo aquí, que tengo el honor y la dicha de ser tu Madre?”

Juan Diego sintió que el tiempo se detenía.

“¿No estás bajo mi sombra y resguardo?”

“¿No soy yo la fuente de tu alegría?”

“¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos?”

Cada pregunta era una caricia.

Cada palabra, una certeza.

Cada frase, **una puerta abierta al descanso interior.**

¿Acaso tienes necesidad de alguna otra cosa?

Juan Diego ya no podía hablar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, no de tristeza... sino de alivio, de gratitud, de confianza renovada, de un amor intenso como el fuego de un volcán.

Todo en Él se rendía a esa presencia amorosa, a esa Madre que no solo lo entendía... sino que **ya lo había resuelto todo.**

Y María remató con la dulzura de quien ya tiene la victoria en sus manos:

“Que ninguna otra cosa te aflija, que no te inquiete; que no te acongoje la enfermedad de tu tío...”

“...porque de ella no morirá por ahora. Ten por cierto que ya sanó.”

En ese momento, sin que él lo supiera aún, **su tío Juan Bernardino había sido sanado.**

No por un médico.

Sino por el amor directo de María...

esa Madre que no solo cuida del alma, sino también del cuerpo.

Y Juan Diego, allí de pie, aún arrodillado, entendió algo profundo:

Cuando confías en Dios... no hay nada que temer.

Ni enfermedad.

Ni dolor.

Ni muerte.

Ni olvido.

Porque cuando Ella te dice:

“¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”

entonces ya tienes todo.

Capítulo 20: “La paz del corazón y la señal del cielo”

El rostro de Juan Diego se iluminó como si le hubieran quitado de encima un costal de piedras.

Las palabras de María **le habían devuelto la paz.**

Su angustia por el tío.

Su tristeza por sentirse dividido.

Su pena por no cumplir a tiempo...

Todo eso, en un instante, **se deshizo como niebla con el sol.**

Porque cuando la escuchó decir:

“¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”,

su corazón, que venía apretado por dentro, **se apaciguó por completo.**

Ya no había miedo.

Ya no había duda.

Había fe. Un Fe intensa. La que nace del amor verdadero.

Y con esa fe recién avivada, **Juan Diego se levantó con alegría y humildad, y le suplicó:**

“Envíame. Ya estoy listo. Ya puedo ir. Dame la señal, Madre mía, para que el obispo me crea.”

María sonrió.
Sabía que ese era el momento.

Entonces, con esa dulzura firme que sólo Ella tiene, **le dio una orden sencilla... y maravillosa:**

“Sube, tú el más pequeño de mis hijos...”

Juan Diego sintió ese título como una caricia.
“El más pequeño...”
Y aun así, el elegido.

“...sube a la cumbre del cerrito, allí donde me viste antes y donde te di mi mandato.”

Sabía bien el camino.
Lo conocía de memoria.
Pero esta vez lo subiría con el alma renovada.

Y Ella continuó:

“Allí verás extendidas flores variadas. Córtalas, reúnelas, ponlas todas juntas, y luego baja enseguida. Tráelas aquí, a mi presencia.”

Juan Diego se quedó en silencio unos segundos.
Era invierno.
Era diciembre.
La tierra estaba helada, seca, agrietada.
¿Flores? ¿En este momento? ¿En este lugar?

Pero no preguntó.
No dudó.
Solo confió y obedeció.

Porque cuando uno ha escuchado a la Reina del Cielo,
cuando uno ha sentido que Ella lo lleva en el cruce de sus brazos,
ya no hace falta entender.
Hace falta confiar.

Y así, con los pies firmes y el alma encendida, **Juan Diego comenzó a subir.**

Y mientras avanzaba por la ladera del cerrito, con el frío de la madrugada rozándole la piel, **sentía algo nuevo dentro de sí...**

como si con cada paso, **el cielo se abriera más y más.**

No sabía lo que iba a encontrar allá arriba.
Pero sabía que lo que encontraría,
sería un regalo de su Madre...
y una señal de Dios.

Capítulo 21: “Donde no hay nada... Dios hace florecer”

El aire de la madrugada era frío. El cielo aún tenía ese color azul oscuro que anuncia el amanecer, y la tierra estaba dura, escarchada. Pero **Juan Diego no sentía el frío.**

Su corazón iba caliente de fe.
Sus pies subían con firmeza, aunque el terreno era áspero.
Y su alma, que había sido sacudida por tantos días de emoción, iba en silencio... expectante.

"Flores... en diciembre," pensaba, pero sabía que no había nada imposible para Dios. Y que Dios no le negaría nada a su Madre.

"Flores... en un cerro lleno de piedras, nopales y espinas."

Pero si María lo había dicho, entonces era posible.
Porque cuando Ella habla, **la tierra obedece, el cielo se inclina, y el corazón florece.**

Y cuando llegó a la cumbre del cerrito... **se detuvo.**

Sus ojos no podían creer lo que veían.
Y sin embargo, lo estaban viendo.

Un campo entero, cubierto de flores.

No eran flores secas ni marchitas, ni tampoco las silvestres que a veces se escapan del hielo.

Eran flores como las de Castilla.

Grandes. Hermosas. Con los pétalos abiertos como si saludaran al cielo.

Con colores que parecían pintados por ángeles.

Con un aroma tan fino, tan dulce, que el mismo aire se volvía un deleite increíble.

Juan Diego se llevó las manos a la cara.

Lloraba de asombro, de gratitud, de amor.

Porque aquellas flores no solo eran bonitas.

Eran **imposibles**.
Eran **milagrosas**.
Eran **la señal**.
Eran **la caricia de su Madre**.

Se agachó con cuidado. No quería dañarlas.
Y con manos temblorosas por la emoción, **comenzó a cortarlas una a una**.

Las tocaba con delicadeza, como quien toca algo sagrado.
Eran tan perfectas que parecían perlas vivas, llenas de rocío de la noche.
Y el perfume que soltaban, suave y envolvente, **parecía elevar el alma**.

“**¡Madre mía!**”, murmuraba mientras las reunía.
“**¡Qué hermoso es tu amor! ¡Qué delicado es tu cuidado!**”

Las fue colocando en el hueco de su tilma, como quien guarda un tesoro.
No le cabía la alegría en el pecho.

Sabía que ese cerrito no daba flores.
Que era pedregoso, lleno de espinas y mezquites.
Que ni siquiera en primavera florecía como eso.
Y mucho menos en diciembre.

Pero ahora, **ahí estaban**.

En el lugar donde solo había tierra dura y abrojos,
el cielo había florecido.

Y mientras bajaba con las flores en su tilma, sujetándolas con cuidado,
Juan Diego **sonreía como niño**.
No solo por la belleza de las flores...
sino por la belleza del amor que las había hecho brotar.

Porque él sabía —como solo los humildes saben—
que **cuando uno hace lo que está de su parte... Dios hace el milagro**.
Y que donde el mundo ve piedras y frío,
María ve la oportunidad perfecta para sembrar ternura.

Capítulo 22: “Tú eres mi mensajero”

Juan Diego bajó del cerrito con el corazón tan lleno, que por momentos se le olvidaba que llevaba flores en su tilma.

Las sujetaba con cuidado, pero no por miedo a que se cayeran...
sino por reverencia.

Sabía que esas flores no eran cualquier ramo.

Eran la señal.

Eran un milagro envuelto en pétalos.

Y mientras bajaba, iba sonriendo.

Porque a cada paso sentía que no caminaba solo.

El aire parecía más suave, el cielo más claro.

Su alma estaba ligera... como quien ya no carga preocupaciones, sino promesas cumplidas.

Cuando llegó a donde lo esperaba **la Niña Celestial**, la Reina del Cielo, **María lo miró como solo Ella sabe mirar: con amor infinito.**

Juan Diego se arrodilló, abrió la tilma con respeto, y le mostró lo que llevaba.

Y al verla sonreír, **su corazón casi se derritió de alegría.**

Ella se acercó.

Y con sus **venerables manos** —manos que han sostenido al Niño Dios, que han acariciado a los enfermos, que han sanado tantas almas con solo una mirada— **tomó las flores.**

Las miró con ternura, las tocó con delicadeza, y luego...

las volvió a colocar, de forma ordenada, una por una, en el hueco de la tilma de Juan Diego de forma ordenada. Así como **María debe acomodar nuestro corazón para amar auténticamente.**

No era solo un gesto.

Era **un encargo solemne.**

Era un acto de confianza.

Era el momento en que **una Madre le entregaba a su hijo el mensaje importante del cielo.**

Y entonces habló:

“Hijo mío, el más pequeño...”

Y con esa frase, Juan Diego sintió que no había misión más grande en el mundo.

“...estas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al Obispo.”

Juan Diego asintió, con humildad.

“De mi parte le dirás que vea en ellas mi deseo...”

“...y que por ello realice mi querer, mi voluntad.”

Él sabía que no iba en su nombre.

Iba en nombre de Ella.

De la Madre del Verdadero Dios por quien se vive.
Eso era más que suficiente.

Y luego vino lo que jamás olvidaría:

“Tú, tú que eres mi mensajero...”

“...en ti absolutamente se deposita la confianza.”

Juan Diego bajó la cabeza.
Las lágrimas le temblaban en los ojos.

Él. El más pequeño.
El campesino. El humilde.

Él era el mensajero.

Él era en quien María confiaba.

No por ser importante.
Sino por ser fiel.

Juan Diego supo que no importa nuestro estatus, dinero, nivel educativo. **Dios puede hacer misiones preciosas con toda persona que decida amar.**

Y entonces, como quien le habla con dulzura pero también con firmeza, María añadió:

“Mucho te ordeno con rigor...”

“...que únicamente a solas, en la presencia del Obispo, extiendas tu tilma y le muestres lo que llevas.”

No debía mostrar las flores a nadie más.
No debía distraerse, ni perder tiempo.
Su misión era sagrada.

“Y le contarás todo puntualmente...”

“...le dirás que te mandé que subieras a la cumbre del cerrito a cortar las flores...”

“...y cada cosa que viste y admiraste.”

“Así tú convencerás en su corazón al que es el Gobernante Sacerdote...”

“...y él dispondrá que se haga, se levante, mi Casa Sagrada que le he pedido.”

Juan Diego respiró hondo.
Su corazón estaba firme.
Sus pies listos.

Y su alma confiada.

Porque cuando una Madre te dice:
**“En ti deposito mi confianza”...
tú puedes enfrentarlo todo.**

Y así, con la tilma llena de flores...
y el alma llena de fe y un corazón lleno de amor,
Juan Diego se encaminó al palacio del Obispo.

Capítulo 23: “La señal del Cielo”

Juan Diego bajaba por la calzada rumbo a México con el alma ligera y el corazón rebotante.
Por primera vez desde que todo esto había comenzado, **iba tranquilo, feliz, confiado.**

Porque sabía —sí, lo sabía en lo más profundo de su corazón— que todo iba a salir bien.
Las flores que llevaba eran un regalo del Cielo.
Pero más que flores, **eran la sonrisa de una Madre que confía en su hijo.**

Con ambas manos sujetaba su tilma, cuidando con ternura lo que allí guardaba.
No quería que nada se moviera, no fuera a dañarse o caerse.
Cada flor era especial.
Cada pétalo llevaba un mensaje de amor.

Y el aroma... oh, el aroma...
Era como si llevara un pedacito del Paraíso entretejido en su tilma.

Cuando llegó al palacio del Obispo, aún era temprano, la luz apenas asomaba.
Pero ya lo esperaban los porteros y los ayudantes.

Lo miraron con recelo.
Algunos lo reconocieron —ya sabían que “ese indito” venía con historias raras.
Otros simplemente lo ignoraron, pensando que molestaba otra vez.
Pero Juan Diego no discutió.
Solo esperó.

Y esperó.
Y esperó un poco más.
De pie, cabizbajo, en silencio.
Como quien ama tanto una misión, que no le importa el desprecio si con eso puede cumplirla.

Los criados, al ver que no se movía, y al notar que algo guardaba en su tilma, se acercaron.

Querían ver.

Y Juan Diego, temiendo que se pusieran bruscos, les dejó mirar apenas un poco. Les mostró las flores... y eso bastó.

Sus ojos se abrieron como platos.

¡Flores de Castilla!

¡Hermosas!

¡Y en pleno diciembre!

Intentaron tomar alguna, por curiosidad o por codicia, pero no pudieron.

Las flores no se dejaban tocar.

Parecían bordadas, como si hubieran nacido dentro mismo de la tilma.

Y entonces, sin más demora, fueron a avisarle al Obispo.

Le dijeron que el humilde hombrecito estaba allí de nuevo, con algo extraño.

Y el Obispo, al oír eso, **sintió en su corazón que había llegado el momento.**

Ordenó que pasara.

Juan Diego entró, se arrodilló con respeto y humildad, y comenzó a hablar con una sencillez que cortaba el alma.

Le contó todo.

Desde la primera aparición, el mandato de la Señora, su súplica por una casita sagrada...

Y ahora, la señal.

“Señor mío, Gobernante,” —dijo con la voz suave, pero firme—

“ya cumplí según me ordenaste.

Fui con la Señora mía, la Niña Celestial, la Madre de Dios, y le dije que pedías una señal.

Ella escuchó tu petición, la recibió con alegría, y esta madrugada me envió...”

Y narró cada paso.

Cómo subió al cerrito, aunque no era lugar de flores.

Cómo allí, para su asombro, la tierra se había vuelto jardín.

Cómo cortó las flores con reverencia, y cómo Ella las colocó en su tilma con sus propias manos.

“Y ahora,” —dijo Juan Diego, con voz emocionada—

“de parte de Ella te las traigo.

Para que creas mi palabra, para que se cumpla su voluntad.

Aquí las tienes... hazme favor de recibirlas.”

Y entonces, con ese gesto que cambiaría la historia,

abrió su tilma.

Las flores cayeron lentamente, como si el tiempo se detuviera.
Y mientras caían... **apareció la Imagen.**

No una pintura, no un bordado.
Sino **una Imagen Viva.**

Era María.
La Reina del Cielo.
Su rostro moreno, lleno de dulzura.
Sus ojos, reflejando ternura.
Su manto precioso con estrellas.
El sol, la luna, las flores... **todo un código del amor de Dios.**

La Tilma, lienzo del cielo, hablaba sin palabras. Sus símbolos, catequesis viva. Los sabios indígenas la entendieron y la ofrecieron a los recién llegados. Dios les habló en su lengua: con estrellas, flores, y el rostro moreno de su Madre.

Y el Obispo...
cayo de rodillas.

El Obispo no pudo contener las lágrimas.
Sabía —sabía en lo más profundo de su ser—
que estaba frente a un milagro.

Y Juan Diego...
simplemente se quedó ahí,
mirando a todos,
y dándole gracias a Dios y a su Madre del Cielo...
por haber confiado en él.

Capítulo 24: “El Rostro de la Madre del Cielo”

Y cuando aquellas flores preciosas cayeron al suelo, con delicadeza, como si fueran pequeñas estrellas bajadas del Cielo, sucedió algo que **nadie en la tierra esperaba, pero que el Cielo ya había planeado con ternura:**

La tilma muestra a María.

Allí, en esa sencilla prenda de maguey que Juan Diego vestía cada día, **estaba la Imagen de la Reina del Cielo.**

No como una pintura hecha por manos humanas.
No como un dibujo burdo o un bordado común.
Sino como algo que venía directamente del Corazón de Dios.

Era Ella.
La Virgen Santísima.
La Siempre Virgen Santa María,
la Madre de Dios.

Su rostro era sereno, dulce, lleno de paz.
Su piel morena, como la de los del lugar.
Sus ojos grandes, tiernos, profundos.
Su manto, azul con estrellas.
Sus manos unidas, en oración.
Su vestido, decorado con flores que hablaban de vida, de esperanza, de un amor que no se cansa.

Y en ese instante...
todo cambió.

El Obispo, ese hombre sabio y serio, **se cayó de rodillas.**
Y con él, todos los presentes.
Porque aunque no lo decían con palabras, sus corazones gritaban:

“¡Es Ella!
¡Es la Madre de Dios!
¡Es verdad! ¡Él decía la verdad!”

El corazón del Obispo se quebró.
Las lágrimas brotaron como agua viva.
Y no pudo más que decir, con la voz temblorosa:

“Perdóname... Reina del Cielo... por no haber creído antes.
Perdóname, Juan Diego, por haber dudado de ti.”

Fue un momento sagrado.
El Cielo tocó la tierra.
Y Juan Diego...
ah, Juan Diego...
se sintió pequeño, sí.
Pero también amado como nunca antes.

Porque **Dios había escogido a alguien como él.**
Pobre, sencillo, de corazón limpio.
Y su Madre lo había tratado con más ternura que cualquier Reina en el mundo.

El Obispo, todavía conmovido, **tomó la tilma con reverencia**, desatándola de los hombros de Juan Diego, y la llevó a su oratorio.
La colocó allí, donde todos pudieran admirarla, orar, agradecer, llorar, empezar de nuevo. Y sobre todo, amar mucho.

Ese día, Juan Diego no regresó a su casa.
El Obispo lo retuvo con respeto y cariño.
Le ofreció un lugar para descansar.
Ya no era el “indito molesto”, ahora era **el mensajero del Cielo.**

Al día siguiente, el Obispo mismo le dijo:

“Anda, muéstrame dónde la Señora quiere que se le edifique su Casita Sagrada.”

Y sin perder tiempo, salieron rumbo al Tepeyac.

Juan Diego caminaba con el pecho lleno de emoción.
Iba a señalar el lugar donde el Cielo había tocado la tierra.
Iba a decir: “Aquí. Aquí habló la Reina. Aquí quiere quedarse.”

Y así lo hizo.

Con la voz tranquila, con los ojos húmedos, **señaló la cumbre del cerrito.**
Allí donde había visto a María.
Allí donde cortó las flores.
Allí donde la tierra se volvió jardín por un instante.

Y en ese mismo momento, se ordenó que se empezara la construcción del templo.
El deseo de María sería cumplido.

Pero Juan Diego tenía otra cosa en su corazón.
Con humildad pidió permiso:

“Señor Obispo... ¿puedo volver a mi casa?
Mi tío estaba muy enfermo cuando lo dejé...
Quisiera saber si ya está sano, como me dijo la Señora del Cielo.”

Y no lo dejaron ir solo.

Ahora todos querían honrar al hombrecillo que había visto a la Reina.
Lo acompañaron hasta su casa.

Y al llegar...

ahí estaba Juan Bernardino, **sano como si nada hubiera pasado.**
Se levantó, caminó, sonrió.
No le dolía nada.
Ni rastro de la fiebre, ni de la enfermedad.

Él, por su parte, se asombró de ver cómo su sobrino era acompañado con tanto respeto.

Y le preguntó con cariño:

“¿Qué pasó, hijo mío? ¿Por qué tanta gente te honra? ¿Qué hiciste?”

Y Juan Diego, con una sonrisa humilde, le contó todo:
Cómo había ido por un sacerdote...
Cómo en el camino **la Reina del Cielo se le apareció...**
Y cómo lo había enviado al Obispo a pedir su templo en el Tepeyac.

Y el tío, al escucharlo...
se llenó de luz.

Capítulo 25: “La Casita Sagrada”

Cuando Juan Diego llegó a casa y vio a su tío, **sus ojos no podían creer lo que veían.**

Aquel hombre, que apenas un par de días atrás agonizaba, **ahora estaba completamente sano.**

Tenía color en el rostro, se movía con soltura, y hasta tenía ganas de comer.

Era como si la enfermedad nunca hubiera pasado por allí.

Pero Juan Diego sabía que aquello no era cosa de suerte...
era del Cielo.

Y antes de que pudiera hablar, fue el mismo Juan Bernardino quien sonrió, le tomó la mano con fuerza y le dijo:

“Es verdad, hijito mío... lo que viste... lo que escuchaste...

¡todo fue cierto!

Porque también a mí se me apareció la Señora del Cielo.”

El corazón de Juan Diego dio un vuelco.

¿La misma Señora? ¿La Reina del Cielo también había visitado a su tío?

Juan Bernardino continuó:

“En el mismo momento en que tú la veías,

Ella vino a mí.

Me habló con una ternura que no puedo explicar.

Me sanó con solo mirarme.

Y me envió, como a tí, a ver al Obispo.”

Es precioso como el amor sana, edifica, nutre, fortalece, empodera... Dios es amor...

Juan Diego sentía como si el alma se le hubiera inflado de gozo.

No había dudas ya, no había sombras.

María había cuidado de ambos.

Como una Madre que cuida a todos sus hijos.

Pero entonces su tío agregó algo que le llenó de aún más asombro:

“Me dijo cómo debía llamarse su Imagen.
Y que tú también lo dijeras...
Que así la llamaran todos...
La Perfecta Virgen Santa María de Guadalupe.”

¡Guadalupe!
Ese nombre se le quedó grabado a fuego en el corazón.
Un nombre que sonaba a río sereno, a flor fresca, a canto de amor.

“Guadalupe...”
susurró Juan Diego, como quien aprende una palabra sagrada por primera vez.

Y sin perder tiempo, los dos —tío y sobrino— **fueron llevados ante el Obispo.**
Juan Bernardino dio su testimonio, claro y firme.
Le contó cómo **María lo había sanado** con solo una palabra,
y cómo **le pidió que su Imagen fuera llamada Guadalupe.**

El Obispo, al escucharlos, volvió a sentirse conmovido hasta las lágrimas.
Había sido testigo de un milagro... y ahora oía de otro.
El Cielo estaba actuando.
Dios estaba hablando por medio de su Madre.

Y durante algunos días, el Obispo los hospedó en su casa.
Con respeto.
Con cariño.
Con asombro.

Mientras tanto, en el Tepeyácac, **comenzaron a levantar la Casita Sagrada,**
tal como lo pidió la Señora del Cielo.
Un templo humilde, pero lleno de amor.
El lugar donde el Nuevo Mundo acogería a la Madre de Dios.

Pasaron unos días, y finalmente, la **preciosa Imagen fue llevada a la Iglesia Mayor.**
El Obispo mismo la sacó de su oratorio,
no porque ya no la amara,
sino porque sabía que ahora le pertenecía a todo un pueblo.

Y cuando el pueblo la vio...

¡Ah, Juan Diego... qué cosa tan hermosa sucedió!

Toda la ciudad se estremeció.
Como si el corazón de cada persona hubiera sentido un sacudón de amor.

**Todos vinieron a verla.
Todos oraron.
Todos lloraron.**

No faltó nadie.

Y al contemplarla, muchos murmuraban:

“¿Quién la pintó?”

“¿Cómo es que tiene tanto color, tanto brillo, tanta paz en su rostro?”

“¡Es imposible! Ningún artista puede hacer esto...”

Y tenían razón.

**Nadie en la tierra la había pintado.
Porque fue el Cielo quien lo hizo.**

Y así, día tras día, más y más personas llegaban.

Indios, españoles, ricos, pobres, soldados, madres, ancianos, niños...

Todos querían conocer a la Madre que había querido quedarse con ellos.

Y Juan Diego...

ah, Juan Diego...

miraba todo eso con el corazón tan lleno, que **a veces tenía que sentarse y dar gracias.**

Porque él sabía algo que los demás apenas comenzaban a entender:

“Dios me miró a través de los ojos de su Madre.

Y al mirarme, me dio un hogar, una misión... y un amor que no se acaba.”

Epílogo: “El Guardián de la Señora del Cielo”

Desde aquel día en que la Imagen bendita de Santa María de Guadalupe fue colocada en su casita sagrada, allá en el Tepeyácac, **mucho se transformó para bien.**

Ya no era solo Juan Diego el humilde indio que recogía flores o caminaba al templo a aprender las cosas de Dios.

**Ahora era el testigo del Cielo.
El portador del mensaje.
El guardián del Milagro.**

Pero si tú le preguntabas, él te habría dicho lo mismo de siempre:

“Yo solo soy el más pequeño de sus hijos.
Ella lo hace todo. Yo solo fui su mensajero.”

El Obispo y todos en la Iglesia lo trataban con respeto.
Los que antes lo ignoraban, ahora buscaban su consejo, lo escuchaban con atención.

Pero él nunca se dejó envanecer.

Se mantuvo simple, sereno, como la tierra que da flor en silencio.

Vivió el resto de sus días muy cerca de la casita de la Virgen.

Le construyeron un humilde cuartito cerca del santuario.

Allí dormía, allí rezaba, allí lloraba de amor.

Cada día, al amanecer, **se levantaba temprano**,
saludaba a la Reina del Cielo con una sonrisa,
y le decía con ternura:

“Aquí estoy, Muchachita mía.
Gracias por mirarme con tanto amor.”

Y luego ayudaba a limpiar, a guiar a los peregrinos,
a contar su historia a los que venían desde lejos.

Muchos llegaban llorando, rotos por el dolor,
y al oír lo que él había vivido,
se iban con el corazón en alto,
como si la Virgen los hubiera abrazado con su manto.

Juan Diego nunca cobró nada, ni buscó honores.

Solo quería servir.

Cuidaba las flores del templo con el mismo cuidado con el que había protegido
aquellas rosas en su tilma.

Y cada vez que veía a alguien mirando la Imagen con lágrimas en los ojos,
él también se emocionaba como si fuera la primera vez.

Años pasaron...

y cuando su cuerpo se fue haciendo viejo,
su alma solo se volvió más joven.

“Pronto me iré con Ella,”

decía con dulzura,

“y allá arriba podré volver a mirarla, sin velo, sin tilma... cara a cara.”

Y así, un día cualquiera,

sin ruido, sin miedo, **se durmió en paz.**
Y despertó allá donde están los que amaron.

Porque quien ama,
nunca muere.

**Vive Eternamente en el Cielo con Dios, nuestra Madre, los Santos y los
Ángeles**
Vive en los corazones agradecidos.
Vive en la historia de la fe.

Y también...

**vive en los brazos de Aquella
que un día descendió del Cielo
para abrazarlo Madre.**

Nota final

San Juan Diego, canonizado por San Juan Pablo II, sigue siendo **un testimonio
de Dios que no tenía títulos, ni en riquezas, ni en prestigios...**
Tiene un corazón humilde, en los que están dispuestos a decir:

“Aquí estoy, haz conmigo lo que quieras.”

Y María, la Siempre Virgen, sigue repitiendo al mundo lo que le dijo a él:

“¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?”

Oración final

Después de caminar con San Juan Diego

Madre del Cielo,
Virgen Santísima de Guadalupe,
gracias por haberte acercado a mí también,
por dejarme conocer tu voluntad
y contemplar tu ternura
en cada página de esta historia.

Gracias por enseñarme, como a San Juan Diego,
que no estoy solo,
que Tú estás aquí,

que me miras con compasión
y me llamas por mi nombre.

Gracias por mostrarme
que aún el más pequeño puede ser portador del amor de Dios,
que la humildad es la puerta de lo imposible
y que la confianza abre el camino a los milagros.

Hoy, como Juan Diego,
quiero decirte que soy tu hijito,
y que todo lo que soy y lo que tengo
te lo entrego con amor.

Tómame de la mano, Señora mía, Niña mía,
y llévame siempre a Jesús.
Enséñame a servir, a confiar, a amar como tú.

Y cuando vengan las pruebas,
cuando el dolor toque mi puerta,
recuérdame estas palabras que dijiste con tanto amor:

“¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”

Sí, Madre querida.
Estás aquí.
Y por eso, estoy en paz.

Amén.

Agradecimiento especial a la Virgen María

A Ti, Madre que viniste a buscarnos

Gracias, Madre mía de Guadalupe,
por haber bajado del Cielo hasta nuestra tierra.
Gracias por mirar con ternura al más pequeño,
por hablarle al corazón a un hombre sencillo,
por revestir de luz a un indito que sólo deseaba amar a Dios.

Gracias por elegir a Juan Diego,
para mostrarnos que tu mirada no se detiene en la grandeza del mundo,
sino en la pequeñez que se deja amar.
Gracias por haberlo hecho tu mensajero,
y por habernos regalado su testimonio tan lleno de amor,
humildad, obediencia y confianza.

Gracias por haber tejido, con hilos del Cielo,
tu Imagen sobre su tilma,
para que cada uno de nosotros pueda mirarte
y escuchar tu voz que nos dice:

“¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”

Gracias, Madre, porque a lo largo de este libro,
hemos podido caminar contigo,
descubriendo lo que sintió San Juan Diego...
y sintiéndolo también en nuestro propio corazón.

Gracias por nunca cansarte de buscarnos,
de llamarnos, de esperarnos.
Gracias por mostrarnos el amor de Dios
con tanta dulzura, con tanta cercanía.

Hoy, queremos decirte:
¡Gracias por amarnos tanto, Virgen María de Guadalupe!

Tu amor cambia nuestras vidas,
tu presencia nos consuela,
y tu ternura nos lleva a Jesús.

Amén.

Dedicatoria a San Juan Diego

A ti, hermano del alma, humilde caminante del Tepeyac

San Juan Diego,
tú que caminaste en la oscuridad de la madrugada con un corazón lleno de
esperanza,
tú que te dejaste sorprender por la Belleza de la Virgen y no dudaste en postrarte,
tú que la llamaste “Muchachita mía” con tanto amor y reverencia,
tú que escuchaste su voz con humildad y obediencia...

Hoy queremos darte gracias.

Gracias por tu fe valiente que no se quebró ante la duda de los poderosos.
Gracias por tu corazón manso que supo amar sin protagonismos ni reclamos.
Gracias por dejarnos ver, en tu caminar, que los más pequeños son los más
grandes en el Reino de Dios.

Fuiste puente entre el Cielo y la tierra.

Fuiste flor sencilla en manos de la Reina.
Fuiste mensajero de la ternura divina.

Y aunque tus pies estaban descalzos y tu alma llena de preocupaciones humanas,
nunca soltaste la misión que el Cielo te confió.

Hoy, siglos después, te seguimos los pasos con admiración,
y nos confiamos también a tu intercesión.

Enséñanos a escuchar con el corazón,
a obedecer con alegría,
y a confiar en la Virgen como tú confiaste.

San Juan Diego, amigo del alma,
ruega por nosotros
y llévanos siempre a los brazos de nuestra Madre.

Amén.

Oración de Entrega a la Virgen de Guadalupe

"Muchachita mía, hoy me entrego a Ti"

Virgencita de Guadalupe,
Reina del Cielo,
Madre mía tan bonita,
hoy me acerco a Ti como San Juan Diego,
con un corazón sencillo,
con mis heridas, mis dudas, mis sueños y mis ganas de amar.

Te doy mi vida, mis logros, mis méritos,
mi historia,
mi familia,
mis miedos y mis esperanzas.
Todo te lo confío,
porque sé que me miras con ternura
y que bajo tu manto, nada me falta.

Quiero ser tu mensajero,
como lo fue el indito del Tepeyac.
Quiero aprender a amar como tú,
a confiar como tú,
a servir como tú.

Tómame de la mano, Madre mía,
y llévame siempre a Jesús.
Enséñame a decirle “sí” cada día,
como tú lo dijiste.
Enséñame a caminar con fe,
aunque no vea el camino.

Desde hoy,
me entrego a Ti,
Virgen Santísima de Guadalupe,
y te entrego mi corazón.

Haz de mí lo que tú quieras,
para mayor gloria de Dios,
y para bien de todos.

Amén.

Reflexión Final: Vivir como San Juan Diego

A veces, en la vida, uno se siente pequeño... muy pequeño. Las cargas nos doblan la espalda, las dudas nos nublan la vista, y sentimos que nuestras palabras no valen mucho. Pero si algo nos enseña San Juan Diego, es que Dios no mira el tamaño de nuestras fuerzas, sino la disposición de nuestro corazón.

Juan Diego no era un sabio, ni un poderoso, ni un gran líder. Era un hombre sencillo, con la ropa humilde, los pies cansados... pero con un alma abierta a lo que el Cielo quería decirle. Y eso bastó. Porque cuando uno se deja abrazar por María, la Madre de Dios y nuestra Madre, uno puede llevar un mensaje que transforme el mundo entero.

Hoy, tú también puedes ser un mensajero del Cielo. No necesitas grandes discursos, sólo un corazón dispuesto. Sé humilde, escucha, obedece a Dios... y confía. Confía aunque no te crean al principio. Confía aunque el camino parezca difícil. Confía, porque como dijo nuestra Madre amorosa:

“¿No estoy yo aquí que soy tu Madre?”

Vive como Juan Diego: sencillo, valiente, confiado. Y cada paso tuyo, por más pequeño que sea, será parte del milagro que Dios quiere hacer a través de ti.

Porque a veces, el milagro no empieza con los fuertes... sino con los fieles.

RECURSOS ADICIONALES PARA LA GUERRA ESPIRITUAL

MÁS SOBRE “Amor Guadalupano”

"Amor Guadalupano" es una iniciativa que se dedica a compartir el mensaje del Evangelio, siempre fiel a la recta doctrina de la Iglesia Católica y enfocado en las Apariciones de la Virgen de Guadalupe. Su misión es crear materiales sencillos y profundos que ayuden a las personas a conocer mejor a Dios y, al hacerlo, amarlo con todo el corazón para descubrir la belleza de la vida.

Las Apariciones son un precioso ejemplo de como el Amor de Dios, dado por medio de María, es capaz de transformar una sociedad. Orientando los deseos de las personas hacia su genuino anhelo, que es Dios. María nos vino a conducir por medio de Ella para conocer al Amor de la vida que es Dios.

Estos recursos están pensados para que cualquier persona, sin importar su experiencia, pueda usarlos y llevar el mensaje de Dios a su comunidad.

Si quieres comenzar a evangelizar o simplemente crecer en tu fe, te recomiendo visitar la página de Facebook “**Dios es Amor Infinito**” y el canal de YouTube y Tiktok “**Fuego Católico**”, donde encontrarás contenido lleno de verdad, amor y esperanza. También el sitio web <https://misioneroasertivo.com/>

APOSTOLADOS INTERESANTES PARA CONOCER A DIOS

- Amor Guadalupano
 - Recursos, información, catequesis, libros, presentaciones y material para conocer a Dios por medio de las Apariciones de la Virgen de Guadalupe
 - <https://amorguadalupano.com/>
- Fuego Católico
 - Recursos, información, libros, audiolibros y material para conocer a Dios y darlo a conocer
 - Canal en Youtube y Tiktok
 - <https://misioneroasertivo.com/>

- Ascension Press
 - Muchos libros, material, cursos, educación religiosa que ayuda a conocer mejor a Dios
 - <https://ascensionpress.com/>
- Audiolibros para conocer a Dios, con Revelaciones Celestiales, Libros de Santos y Material complementario
 - En Canal de Youtube “Fuego Católico”
- Dios es Amor Infinito
 - Arte religioso, material para evangelización, conocimiento de Dios
 - Facebook “Dios es Amor Infinito”
- Franciscanos de María en Magnificat con el Padre Santiago Martín
 - Misa del día, conocimiento de Dios, Material de Evangelización, meditaciones, espiritualidad, escuelas de Agradecimiento
 - Noticiero católico
 - <https://magnificat.tv/>
- Catholic Link
 - Portal católico de recursos apostólicos que recopila y comenta videos, películas, fotos y otras cosas útiles para la Nueva Evangelización.
 - <https://catholic-link.com/>
- Evangelizadores Digitales con el Padre Luis Zazano
 - Misa del día, conocimiento de Dios, Devocionario, material de evangelización, meditaciones y demás
 - <https://misionerosdigitales.com/>
- Proyecto Castidad “Chastity Project” de Jason Evert
 - Para material sobre la castidad y moral sexual
 - Recomendado para enseñar a hijos sobre castidad
 - <https://chastity.com/>
- Instituto de Teología del Cuerpo “TOB Institute” de Christopher West
 - Para cursos y material sobre teología del cuerpo y relacionado.
 - Recomendado para profundizar en conocimiento de Dios
 - <https://tobinstitute.org/>
- Institución de Sanación de Juan Pablo Segundo
 - Cursos, libros, material para la sanación enfocada con Teología del Cuerpo
 - <https://jpiihealingcenter.org/>
- Instituto Ruah Woods “Ruah Woods Institute”
 - Programa de conocimiento de Dios por medio de teología del cuerpo para niños. Incluye programa para educación en casa de teología.
 - <https://www.ruahwoodsinsitute.org/>

- El Equipo de Evangelización de la Teología del Cuerpo TOBET
 - Curso pre-matrimonial con teología del cuerpo
 - Programa de conocimiento de Dios por medio de teología del cuerpo para niños. Incluye programa para educación en casa de teología.
 - <https://tobet.org/>
- Corazones que Disciernen “Discerning Hearts” del Padre Tim Gallagher
 - Conocimiento de discernimiento espiritual de San Ignacio de Loyola
 - <https://www.discerninghearts.com/catholic-podcasts/>
- Teólogo Scott Hahn
 - Protestante convertido al Catolicismo, muy interesante
 - <https://www.scotthahn.com/>
- Planificación Familiar Natural
 - Investigaciones de Mercedes Arzú de Wilson (Amiga de San Juan Pablo II)
 - <https://www.familyplanning.net/es/en-defensa-de-la-vida-y-la-familia>
- Material para salir de una Adicción
 - Canal “Salir de mi Adicción”
 - Canal “Como lo ve Bill” el cual contiene muchos videos para aprender la Inteligencia Emocional

15 PROMESAS DE LA VIRGEN MARÍA A QUIENES RECEN EL ROSARIO

Tomadas de los escritos del Beato Alano:

1. Quien rece constantemente mi Rosario, recibirá cualquier gracia que me pida.
2. Prometo mi especialísima protección y grandes beneficios a los que devotamente recen mi Rosario.
3. El Rosario es el escudo contra el infierno, destruye el vicio, libra de los pecados y abate las herejías.
4. El Rosario hace germinar las virtudes para que las almas consigan la Misericordia Divina. Sustituye en el corazón de los hombres el amor del mundo con el amor de Dios y los eleva a desear las cosas celestiales y Eternas.
5. El alma que se me encomiende por el Rosario no perecerá.
6. El que con devoción rece mi Rosario, considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia, ni morirá de muerte desgraciada, se convertirá si es pecador, perseverará en gracia si es justo y, en todo caso será admitido a la Vida Eterna.
7. Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los Sacramentos.
8. Todos los que rezan mi Rosario tendrán en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia y serán partícipes de los méritos bienaventurados.
9. Libraré bien pronto del Purgatorio a las almas devotas a mi Rosario.
10. Los hijos de mi Rosario gozarán en el Cielo de una Gloria singular.

11. Todo cuanto se pida por medio del Rosario se alcanzará prontamente.
 12. Socorreré en sus necesidades a los que propaguen mi Rosario.
 13. He solicitado a mi Hijo la gracia de que todos los cofrades y devotos tengan en vida y en muerte como hermanos a todos los bienaventurados de la Corte Celestial.
 14. Los que rezan Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.
 15. La devoción al Santo rosario es una señal manifiesta de predestinación de Gloria.
- Nota externa: Dios solo Concede lo que nos Conviene para nuestra salvación

INDULGENCIA PLENARIA PARA LIBRAR ALMA DEL PURGATORIO

El año 2025 por ser año santo se puede ganar la indulgencia con:

Requisitos:

- Estar verdaderamente arrepentidos y querer alejarse del pecado.
- Tener un espíritu de caridad.
- Confesarse y recibir la comunión en gracia.
- Rezar por las intenciones del Papa. (En caso de Cede Vacante rezar por la conversión de los pecadores)

Obra para ganar Indulgencia (una es suficiente)

- Realizar una obra de misericordia
- Hacer una donación a la Iglesia
- Defender la vida
- Voluntariado

También se puede ganar la Indulgencia en todos los años:

Es una gran obra de amor ayudar a un alma para que pueda estar con Dios. Es hacer “lo poco que falta” para que el alma pueda tener plenamente satisfechos todos sus deseos en unidad con Dios. Es un regalo que podemos darle al Alma y una oportunidad de Amar que nos ha dado Dios. Se puede hacer una al día.

Condiciones para conseguir una indulgencia plenaria:

1. Estar en gracia de Dios.
2. Tener la disposición interior de un desapego total del pecado, incluso venial.
3. Tener intención al menos general de ganar la indulgencia y se recomienda ponerla en Manos de María para que asigne a quien convenga
4. Obra para ganar la Indulgencia, puede ser Rezo del rosario (5 misterios seguidos meditando los misterios) en una iglesia, o acompañado. Otra

opción es 30min de Adoración Eucarística con el Santísimo Expuesto o Vía Crucis con 14 estaciones correctamente erigidas y con paso entre estación y estación

5. Confesarse, al menos veinte días antes o después de realizar la acción premiada (sin olvidar que hay que estar en gracia de Dios antes de acabar la acción).
6. Comulgar en Gracia
7. Rezar por las intenciones del Papa

PROMESAS DE QUIENES HACEN ADORACIÓN EUCARÍSTICA

Jesús vino en mi auxilio y me dijo:

Escribe estas promesas que hoy te digo: **Yo prometo al alma que Me visite con frecuencia en este Sacramento del Amor, que la recibiré cariñosamente junto a todos los Bienaventurados y Ángeles del Cielo; que cada visita suya será escrita en el Libro de su Vida y le concederé:**

1. *Todas las peticiones que sean presentadas ante el Altar de Dios en favor de la Iglesia, el Papa y las almas consagradas.*
2. *La anulación del poder de satanás sobre su persona y sus seres queridos.*
3. *La protección especial en casos de terremotos, huracanes y otros desastres naturales, que de otro modo le afectarían.*
4. *Será apartada amorosamente del mundo y de sus atractivos, que son causa de perdición.*
5. *La elevación del alma, deseando alcanzar la santificación, en vistas a la contemplación eterna de Mi Rostro.*
6. *El alivio de las penas del Purgatorio de sus seres queridos.*
7. *Mi bendición para todos los proyectos materiales y espirituales que emprenda, si son para bien de su alma.*
8. *Recibir Mi visita, en compañía de Mi Madre, en el momento de su muerte.*
9. *Escuchar y atender las necesidades de las personas por las cuales pida.*
10. *La intercesión de los Santos y de los Ángeles a la hora de la muerte, para disminuir la pena temporal.*
11. *Que Mi Amor suscite santas vocaciones consagradas a Dios entre sus seres queridos y amigos.*

12. ***El alma que conserve una verdadera devoción a Mi Presencia en la Eucaristía no se condenará, no morirá sin los Sacramentos de la Iglesia.***

A los sacerdotes y religiosas que propaguen la devoción a la Adoración, les otorgaré muchas gracias especiales, el reconocimiento total de sus pecados y la Gracia para enmendarse.

Les ayudaré a formar comunidades de fieles devotos y santos, y alcanzarán muchos privilegios.

Prometo estas cosas a todas las personas, con sólo dos condiciones que son el fruto del genuino amor hacia Mi Presencia Real en la Eucaristía, y que son absolutamente imprescindibles para hacer realidad en sus vidas Mis promesas:

- *Que luchan por conservar la dignidad en Mis Altares.*
- *Que sean misericordiosas con su prójimo.*

Fuente: “En Adoración”, de Catalina Rivas. Imprimatur de Mons. Cristóbal Biaiasik, obispo de Oruro, Bolivia, 2007

En Ciudad Juárez México establecieron 10 Capillas de Adoración Eucarística perpetua y los homicidios bajaron más de 90% y las vocaciones al seminario aumentaron de 8 a 88.

CORONILLA DE LA DIVINA MISERICORDIA

Pasos para Rezar la Coronilla de la Divina Misericordia

1. La señal de la Cruz, Padre Nuestro, Ave María y Credo
2. Al Inicio: Padre Eterno, Te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Tu Amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, como propiciación de nuestros pecados y los del mundo entero
3. 10 veces siguientes: Por Su dolorosa Pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero.
4. Repita (Números 2 y 3) Rece cuatro decenas más.
5. Al Final (tres veces): Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros y del mundo entero.

Algunas frases de Jesús a Sor Faustina importantes: (recomiendo leer en el Diario de Sor Faustina los numerales completos)

- **Jesús: “Reza incesantemente esta coronilla que te he enseñado. Quienquiera que la rece recibirá gran misericordia a la hora de la muerte.”** (Diario 687)
- **Jesús: “Hija Mía, anima a las almas a rezar la coronilla que te he dado. A quienes recen esta coronilla, Me complazco en darles lo que Me pidan.”** (Diario 1541)
- **Jesús: “A través de ella (La Coronilla) obtendrás todo, si lo que pides está de acuerdo con Mi Voluntad.”** (Diario 1731)
- **Jesús: “Cuando recen esta coronilla junto a los moribundos, Me pondré entre el Padre y el alma agonizante no como el Juez justo sino como el Salvador misericordioso”** (Diario 1541)
- **“Jesús: “Deseo que conozcas más profundamente el Amor que arde en Mi Corazón por las almas y tu comprenderás esto cuando medites Mi Pasión. Apela a Mi misericordia para los pecadores, deseo su salvación. Cuando reces esta oración con corazón contrito y con fe por algún pecador, le concederé la gracia de la conversión. Esta oración es la siguiente:”** (Diario 186)
- **Jesús: “Oh Sangre y Agua que brotaste del Corazón de Jesús como una Fuente de Misericordia para nosotros, en Ti confío.”** (Diario 187)

ALGUNOS LIBROS DE REVELACIONES CELESTIALES QUE NOS PERMITEN CONOCER A DIOS

- Revelaciones a Santa Brígida de Suecia
- Diálogos de Santa Catalina de Siena
- Santa Hildegarda de Bingen, varios libros
 - Méritos de la Vida
 - Scivias
 - Obras Divinas
- Poema del Hombre Dios
- Cielo de Luisa Piccarreta
- Mensajes de Apariciones Marianas
- Mensajes de la Virgen de Medjugorje
- Diario de Sor Faustina
- Experiencia y Doctrina Mística de Santa Verónica Giuliani
- Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María Alacoque
- Éxtasis, Amor y Renovación de Santa Magdalena Pazzi
- Libro de la Gracia Especial de Matilde de Hackeborn

- Heraldo del Amor Divino de Santa Gertrudis
- Visiones e Instrucciones de Santa Angela Foligno
- Revelaciones a Juliana de Norwich
- Mística Ciudad de Dios de Sor María de Jesús Agreda
- Revelaciones a Beata Anna Catalina Emmerick

Muchos de estos Libros se pueden escuchar en el Canal de Youtube “Fuego católico”

ALGUNAS PROMESAS DEL DIARIO DE SOR FAUSTINA

Promesas de la Divina Misericordia

Imagen de la Divina Misericordia

47 Pinta una imagen según el modelo que vez, y firma*: Jesús, en Ti confío. Deseo que esta imagen sea venerada primero en tu capilla y [luego] en el mundo entero.

48 Prometo que el alma que venera esta imagen no perecerá. También prometo, ya aquí en la tierra, la victoria sobre los enemigos y, sobre todo, a la hora de la muerte. Yo Mismo la defenderé como Mi gloria.

Promesa antes del fin del mundo

83 Escribe esto: Antes de venir como el Juez Justo, vengo como el Rey de Misericordia. Antes de que llegue el día de la justicia, les será dado a los hombre este signo en el cielo.

Se apagará toda luz en el cielo y habrá una gran oscuridad en toda la tierra. Entonces, en el cielo aparecerá el signo de la cruz y de los orificios donde fueron clavadas las manos y los pies del Salvador, saldrán grandes luces que durante algún tiempo iluminarán la tierra. Eso sucederá poco tiempo antes del último día.

Meditación de Pasión de Jesús

369 Una hora de meditación de Mi dolorosa Pasión tiene mayor merito que un año entero de flagelaciones asangre; la meditación de Mis dolorosas llagas es de gran provecho para ti y a Mí Me da una gran alegría.

Exaltar la Bondad de Dios

378 Jesús: Cuando un alma exalta Mi bondad, entonces Satanás tiembla y huye al fondo mismo del infierno.

Confiar en la Misericordia de Dios (se obtiene lo que conviene)

420 Jesús: Toda alma que cree y tiene confianza en Mi misericordia, la obtendrá.

Alma querida por Dios

453 Jesús: **El alma más querida para Mi es la que cree fuertemente en Mi bondad y la que Me tiene confianza plenamente**

Divina Misericordia de Dios

Algunos Mensajes Interesantes de la Divina Misericordia del Diario de Sor Faustina (Negrillas son Palabras de Jesús)

Se obtiene Todo cuando se Reza Coronilla

Coronilla para Muerte Feliz y colmar de Paz a los pecadores

Rezar Coronilla junto a los moribundos

Ningún Alma que ha Invocado Misericordia ha quedado decepcionada o en confusión

1541 Jesús: **Hija Mía, anima a las almas a rezar la coronilla que te he dado. A quienes recen esta coronilla, Me complazco en darles lo que Me pidan. Cuando la recen los pecadores empedernidos, colmaré sus almas de paz y la hora de su muerte será feliz. Escríbelo para las almas afligidas: Cuando un alma vea y conozca la gravedad de sus pecados, cuando a los ojos de su alma se descubra todo el abismo de la miseria en la que ha caído, no se desespere, sino que se arroje con confianza en brazos de Mi misericordia, como un niño en brazos de su madre amadísima. Estas almas (125) tienen prioridad en Mi Corazón compasivo, ellas tienen preferencia en Mi misericordia. Proclama que ningún alma que ha invocado Mi misericordia ha quedado decepcionada ni ha sentido confusión. Me complazco particularmente en el alma que confía en Mi bondad. Escribe: cuando recen esta coronilla junto a los moribundos, Me pondré entre el Padre y el alma agonizante no como el Juez justo sino como el Salvador misericordioso.**

Mensaje de Jesús a los Sacerdotes sobre Divina Misericordia

1521 El Señor me dijo: **Hija Mía, no dejes de proclamar Mi misericordia para aliviar Mi Corazón, que arde del fuego de compasión por los pecadores. Diles a Mis sacerdotes que los pecadores más empedernidos se ablandarán bajo sus palabras cuando ellos hablen de Mi misericordia insondable, de la compasión que tengo por ellos en Mi Corazón. A los sacerdotes que proclamen y alaben Mi misericordia, les daré una fuerza prodigiosa y ungiré sus palabras y sacudiré los corazones a los cuales hablen.**

Jesús Ordena a Sacerdotes Proclamar Misericordia

50 Jesús: **Deseo que los sacerdotes proclamen esta gran misericordia que tengo a las almas pecadoras. Que el pecador no tenga miedo de acercarse a Mi. Me queman las llamas de la misericordia, deseo derramarlas sobre las almas humanas.**

Conversión de las Personas

324 Al día siguiente me sentía muy débil, pero ya no experimentaba ningún sufrimiento. Después de la Santa Comunión vi. Al Señor Jesús bajo la apariencia que ya había visto durante una de las adoraciones. La mirada del Señor traspasó mi alma por completo y ni siquiera el más pequeño polvillo se escapó a su atención. Y dije a Jesús: Jesús, pensé que me ibas a llevar. Y Jesús me contestó: **Aun no se ha cumplido plenamente Mi voluntad en ti; te quedarás todavía en la tierra, pero no mucho tiempo. Me agrada mucho tu confianza, pero el amor ha de ser más ardiente.** (138) El amor puro da fuerza al alma en la agonía misma. Jesús: **Cuando agonizaba en la cruz, no pensaba en Mí, sino en los pobres pecadores y rogaba al Padre por ellos. Quiero que también tus últimos momentos sean completamente semejantes a los Míos en la cruz. Hay un solo precio con el cual se compran las almas, y éste es el sufrimiento unido a Mi sufrimiento en la cruz. El amor puro comprende estas palabras, el amor carnal no las comprenderá nunca.**

Paz en la Hora de la Muerte

1520 Hoy el Señor me dijo: **He abierto Mi Corazón como una Fuente viva de Misericordia. Que todas las almas tomen vida de ella. Que se acerquen con gran confianza a este mar de misericordia. Los pecadores obtendrán la justificación y los justos serán fortalecidos en el bien. Al que haya depositado su confianza (115) en Mi misericordia, en la hora de la muerte le colmaré el alma con Mi paz divina.**

Oración por la Conversión

186 + Hoy, Jesús me dijo: **Deseo que conozcas más profundamente el amor que arde en Mi Corazón por las almas y tu comprenderás esto cuando medites Mi Pasión. Apela a Mi misericordia para los pecadores, deseo su (93) salvación. Cuando reces esta oración con corazón contrito y con fe por algún pecador, le concederé la gracia de la conversión. Esta oración es la siguiente:**

187 Oh Sangre y Agua que brotaste del Corazón de Jesús como una Fuente de Misericordia para nosotros, en Ti confío.

No experimentar terror a la hora de la muerte

1540 Hoy el Señor me dijo: **Escribe, hija Mía, estas palabras: Todas las almas que adoren Mi misericordia y propaguen la devoción invitando a otras almas a confiar en Mi misericordia no experimentarán terror en la hora de la muerte. Mi misericordia las protegerá en ese último combate....**

Camino para la Santidad

Confianza en Dios para Obtener grandes Gracias
Gracias de Dios provienen de Su Misericordia
Dios Vierte Todos los Tesoros de sus Gracias en Almas que Confían sin Limites

1578 **Jesús: Que las almas que tienden a la perfección adoren especialmente Mi misericordia, porque la abundancia de gracias que les concedo proviene de Mi misericordia. Deseo que estas almas se distingan por una confianza sin límites en Mi misericordia. Yo Mismo Me ocupo de la santificación de estas almas, les daré todo lo que sea necesario para su santidad. Las gracias de Mi misericordia se toman con un solo recipiente y éste es la confianza. Cuanto más confíe un alma, tanto más recibirá. Las almas que confían sin límites son Mi gran consuelo, porque en tales almas vierto todos los tesoros de Mis gracias. Me alegro de que pidan mucho, porque Mi deseo es dar mucho, muchísimo. Me pongo triste, en cambio, si las almas piden poco, estrechan sus corazones.**

Dios se Preocupa Mucho por Nosotros y nos Ama mucho
Jesús esta sediento de nuestro Amor

1542 En ese momento el Señor me ha hecho saber lo celoso que es de mi corazón. Jesús: **Cuando aún entre las hermanas te sientas sola, sabes que deseo que te unas a Mi más estrechamente. Me importa cada latido de tu corazón; cada destello de tu amor se refleja en Mi Corazón, estoy sediento de tu amor.** Si, oh Jesús, pero mi corazón tampoco sabría vivir sin Ti, porque aunque me ofrecieran los corazones de todas las criaturas, ellas no saciarían los profundos deseos de mi corazón.

Unir Acciones los Méritos de Jesús para que sean como si fueran de Jesús

1543 Esta noche el Señor me dijo: **Abandónate toda a Mí en la hora de la muerte y Yo te presentaré a Mi Padre como Mi esposa. Ahora te recomiendo unir de modo particular tus acciones, aún sean las más pequeñas, a Mis méritos, y entonces Mi Padre las mirará con amor como si fueras Mías.**

Jesús se Une por el Frescor del Corazón

1546 El Señor me dijo: **Me deleito con tu amor; tu amor sincero es tan grato a Mi Corazón como la fragancia de un capullo de rosa a primera hora de la mañana cuando el sol no le ha secado todavía el rocío. El frescor de tu corazón Me encanta, por eso Me uno a ti tan estrechamente como a ninguna otra criatura....**

Jesús es mucho más Grande de lo que Pensamos

1273 Jesús: **Hija Mía, ¿crees, quizá, que hayas escrito suficiente sobre Mi misericordia? Lo que has escrito es apenas una gotita frente a un océano. Yo soy el amor y la Misericordia Misma; no existe miseria que pueda medirse con Mi misericordia, ni la miseria la agota, ya que desde el momento en que**

se da [mi misericordia] aumenta. El alma que confía en Mi misericordia es la más feliz porque Yo Mismo tengo cuidado de ella.

Jesús vino por los Pecadores

1275 Jesús: **Secretaria Mía, escribe que soy más generoso para los pecadores que para los justos. Por ellos he bajado a la tierra.... Por ellos he derramado Mi sangre; que no tengan miedo de acercase a Mi, son los que más necesitan Mi misericordia.**

Recibir a Jesús con Fe y Amor en la Eucaristía

1288 Hoy el Señor me dijo: **Hija Mía, escribe que Me duele mucho cuando las almas consagradas se acercan al sacramento del Amor solamente por costumbre como si no distinguieran este alimento. No encuentro en sus corazones ni fe ni amor. A tales almas voy con gran renuencia, seria mejor que no Me recibieran.**

Protección Propagar Misericordia

1075 Jesús: **A las almas que propagan la devoción a Mi misericordia, las protejo durante toda su vida como una madre cariñosa [protege] a su niño recién nacido y a la hora de la muerte no seré para ellas Juez sino (21) Salvador misericordioso. En esta última hora el alma no tiene nada en su defensa fuera de Mi misericordia. Feliz el alma que durante la vida se ha sumergido en la Fuente de la Misericordia, porque no la alcanzará la justicia.**

Obtener Gracias por Confianza en Dios

1074 Cuando fui a la adoración escuché estas palabras: **Hija Mía amada, apunta estas palabras: Mi Corazón ha descansado hoy en este convento. Habla al mundo de Mi misericordia, de Mi amor.**

Me queman las llamas de la misericordia, deseo derramarlas sobre las almas de los hombres. Oh, qué dolor Me dan cuando no quieren aceptarlas.

Hija mía, haz lo que esté en tu poder para difundir la devoción a Mi misericordia. Yo supliré lo que te falta. Dile a la humanidad doliente que se abraza a Mi Corazón misericordioso y Yo la llenaré de paz.

Di, hija Mía, que soy el Amor y la Misericordia Mismos. Cuando un alma se acerca a Mi con confianza, la colmo con tal abundancia de gracias que ella no puede contenerlas en sí misma, sino que las irradia sobre otras almas.

Perdón total a las Almas que se Confiesen y Comulguen en Fiesta de Misericordia

1109 Jesús: **Deseo conceder el perdón total a las almas que se acerquen a la confesión y reciban la Santa Comunión el día de la Fiesta de Mi Misericordia.**

Y me dijo: Hija Mía, no tengas miedo de nada, Yo siempre estoy contigo, aunque te parezca que no esté; y tu humillación Me atrae desde el alto trono y Me uno estrechamente a ti.

Al Tender a la Perfección se benefician muchas Almas

1165 Jesús: Has de saber, hija Mía, que cuando tiendes a la perfección, llevas a muchas almas a la santidad y si no procuraras la santidad, por la misma razón muchas almas permanecerían imperfectas. Has de saber que su perfección dependerá de tu perfección y la mayor

Protección en Vida y Hora de la Muerte al venerar Infinita Misericordia

1225 Jesús: A las almas que veneren esta infinita misericordia Mía, Yo Mismo las defenderé como Mi gloria durante sus vidas y especialmente en la hora de la muerte.

Ser Feliz por la Misericordia de Dios

1273 Jesús: Hija Mía, ¿crees, quizá, que hayas escrito suficiente sobre Mi misericordia? Lo que has escrito es apenas una gotita frente a un océano. Yo soy el amor y la Misericordia Misma; no existe miseria que pueda medirse con Mi misericordia, ni la miseria la agota, ya que desde el momento en que se da [mi misericordia] aumenta. El alma que confía en Mi misericordia es la más feliz porque Yo Mismo tengo cuidado de ella.

Venerar Imagen de Divina Misericordia no Perecerá y Victoria de Dios

(18)

+ 1931, 22 de febrero

Al anochecer, estando en mi celda, vi al Señor Jesús vestido con una túnica blanca. Tenía una mano levantada para bendecir y con la otra tocaba la túnica sobre el pecho. De la abertura de la túnica en el pecho, salían dos grandes rayos: uno rojo y otro pálido. En silencio, atentamente miraba al Señor, mi alma estaba llena del temor, pero también de una gran alegría. Después de un momento, Jesús me dijo: **Pinta una imagen según el modelo que vez, y firma*: Jesús, en Ti confío. Deseo que esta imagen sea venerada primero en tu capilla y [luego] en el mundo entero.**

* Jesús exigía que la imagen llevase, como firma, y no como inscripción estas palabras: "Jesús, en Ti confío".

Jesús dice: Prometo que el alma que venera esta imagen no perecerá. También prometo, ya aquí en la tierra, la victoria sobre los enemigos y, sobre todo, a la hora de la muerte. Yo Mismo la defenderé como Mi gloria.

Jesús a Sor Faustina de Sufrimientos para que otros tengan Luz y Fuerza

67 Jesús: No vives para ti, sino para las almas. Otras almas se beneficiarán

de tus sufrimientos. Tus prolongados sufrimientos les darán luz y fuerza para aceptar Mi voluntad.

Rendir la Mayor Gloria a Dios

954 Hoy, después de la Santa Comunión el Señor me dijo: **Hija Mía, es Mi deleite unirme a ti; Me rindes la mayor gloria cuando te sometes a Mi voluntad y con esto atraes sobre ti un mar de bendiciones. No tendría en ti una complacencia particular si no vivieras de Mi voluntad.** Oh mi dulce Huésped, por Ti estoy dispuesta a todos los sacrificios, sin embargo Tú sabes que (300) soy una debilidad misma, pero Contigo lo puedo todo. Oh Jesús mío, Te ruego quédate conmigo en cada momento.

Misericordia por Grandes Pecadores

1182 (50) + Hoy el Señor me dijo: **Hija Mía, deleite y complacencia Mía, nada Me detendrá en concederte gracias. Tu miseria no es un obstáculo para Mi misericordia. Hija Mía, escribe que cuanto más grande es la miseria de un alma tanto más grande es el derecho que tiene a Mi misericordia e [invita] a todas las almas a confiar en el inconcebible abismo de Mi misericordia, porque deseo salvarlas a todas. En la cruz, la fuente de Mi Misericordia fue abierta de par en par por la lanza para todas las almas, no he excluido a ninguna.**

Dios Envía Muchas Gracias por el Bien de Un Alma que lo Ama Verdaderamente y detiene males

1193 Hoy escuché estas palabras: **Hija Mía, delicia de Mi Corazón, con deleite miro tu alma, envío numerosas gracias únicamente por ti, detengo también muchos castigos únicamente por ti; Me frenas y no puedo exigir justicia; Me atas las manos con tu amor.**

Deleite de Jesús es Unirse a las Almas en la Comunión y puede darle Muchas Gracias

1385 Hoy, después de la Santa Comunión Jesús me dijo cuánto desea venir a los corazones humanos. **Deseo unirme a las almas humanas. Mi gran deleite es unirme con las almas. Has de saber, hija Mía, que cuando llego a un corazón humano en la Santa Comunión, tengo las manos llenas de toda clase de gracias y deseo dárselas al alma, pero las almas ni siquiera Me prestan atención, Me dejan solo y se ocupan de otras cosas. Oh, qué triste es para Mi que las almas no reconozcan al Amor. Me tratan como una cosa muerta.**

Jesús puede Administrar nuestro Corazón solo con nuestro Conocimiento y Consentimiento

1683 Jesús: **Escribe para las almas de los religiosos que es Mi deleite venir a sus corazones en la Santa Comunión, pero si en sus corazones está alguien.**

Yo no puedo soportarlo y salgo de ellos cuanto antes llevándome todos los dones y las gracias que les he preparado y tal alma ni siquiera se da cuenta de Mi salida. Después de algún tiempo, el vacío interior y el descontento le llamarán la atención. Oh, si entonces se dirigiera a Mí, (60) la ayudaría a limpiar el corazón, realizaría todo en su alma, pero sin su conocimiento y consentimiento no puedo administrar en su corazón.

Deleite de Jesús es Obrar en el Alma Humana, llenarla de Misericordia de Jesús y Justificarla

1784 Hoy, durante una conversación más larga, el Señor me dijo: **Cuánto deseo la salvación de las almas. Mi queridísima secretaria, escribe que deseo derramar Mi Vida Divina en las almas humanas y santificarlas, con tal de que quieran acoger Mi gracia. Los más grandes pecadores llegarían a una gran santidad si confiaran en Mi misericordia. Mis entrañas están colmadas de misericordia que está derramada sobre todo lo que he creado. Mi deleite es obrar en el alma humana, llenarla de Mi misericordia (133) y justificarla. Mi reino en la tierra es Mi vida en las almas de los hombres. Escribe, secretaria mía, que el director de las almas lo soy Yo Mismo directamente, mientras indirectamente las guío por medio de los sacerdotes y conduzco a cada una a la santidad por el camino que conozco solamente Yo.**

Ofrecer la Voluntad como el Máximo Sacrificio

923 Hoy el Señor me dijo: **Exijo de ti un sacrificio perfecto y en holocausto, el sacrificio de la voluntad; ningún otro sacrificio es comparable a éste. Yo Mismo dirijo tu vida y dispongo todo de manera que seas para Mí una ofrenda continua y hagas siempre Mi voluntad, y para completar esta ofrenda te unirás a Mí en la cruz. Conozco tus posibilidades. Yo Mismo te ordenaré directamente muchas cosas y la posibilidad de la ejecución la retrasaré y la haré depender de los demás; aquello que las Superiores no podrán alcanzar, lo completaré directamente Yo Mismo en tu alma y en el fondo más secreto de tu alma habrá un sacrificio perfecto de holocausto, y esto no por algún tiempo, sino que debes saber, hija Mía, que este sacrificio durará hasta la muerte. Pero vendrá el tiempo en que Yo, el Señor, cumpliré todos tus deseos; tengo en ti Mi complacencia como en una Hostia viva; no te espantes de nada, Yo estoy contigo.**

Hora de la Misericordia y Obtener todo lo que se pide por los Méritos de la Pasión de Jesús

1320 Jesús: **A las tres, ruega por Mi misericordia, en especial para los pecadores y aunque sólo sea por un brevísimo momento, sumérgete en Mi Pasión, especialmente en Mi abandono en el momento de Mi agonía. Ésta es la hora de la gran misericordia para el mundo entero. Te permitiré penetrar en Mi tristeza mortal. En esta hora nada le será negado al alma que lo pida por los Méritos de Mi Pasión....**

1572 Jesús: **Te recuerdo, hija Mía, que cuántas veces oigas el reloj dando las tres, sumérgete totalmente en Mi misericordia, adorándola y glorificándola; suplica su omnipotencia para el mundo entero y especialmente para los pobres pecadores, ya que en ese momento se abrió de par en par para cada (145) alma. En esa hora puedes obtener todo lo que pides para ti y para los demás. En esa hora se estableció la gracia para el mundo entero: la misericordia triunfó sobre la justicia. Hija Mía, en esa hora procura rezar el Vía Crucis, en cuanto te lo permitan los deberes; y si no puedes rezar el Vía Crucis, por lo menos entra un momento en la capilla y adora en el Santísimo Sacramento a Mi Corazón que está lleno de misericordia. Y si no puedes entrar en la capilla, sumérgete en oración allí donde estés, aunque sea por un brevísimo instante. Exijo el culto a Mi misericordia de cada criatura, pero primero de ti, ya que a ti te he dado a conocer este misterio de modo más profundo.**

Diferentes Grados de Gloria en el Cielo

605 Oh Santa Trinidad, Dios Eterno, Te agradezco por haberme permitido conocer la grandeza y la diferencia entre los grados de la gloria que dividen a las almas. Oh, qué grande es la diferencia entre un solo grado de más profundo conocimiento de Dios. Oh, si las almas pudiesen saberlo. Oh Dios mío, si pudiera conquistar uno más, soportaría con gusto todos los tormentos que habían padecido {todos} los mártires juntos. (68) De verdad, todos estos tormentos me parecen nada en comparación con la gloria que nos espera por toda la eternidad. Oh Señor, sumerge mi alma en el océano de Tu divinidad y concédeme la gracia de conocerte, porque cuanto mejor Te conozco, tanto más ardientemente Te deseo, y mi amor hacia Ti se fortalece. Siento en mi alma un abismo insondable que solamente Dios llena; me deshago en Él como una gota en el océano; el Señor bajó hacia mi miseria como un rayo de sol hacia la tierra infértil y rocosa y, sin embargo, bajo el poder de sus rayos, mi alma se cubrió de verde, de flores y de frutas y se convirtió en un bello jardín para su descanso.